REPERTORIO TEATRAL.

COLECCION 299

DE

OBRAS DRAMÁTICAS

ORIGINALES Y TRADUCIDAS.

Alegria de la casa

Rosell

Precio 6 reales.

MADRID.

LIBRERIA DE CUESTA, CALLE MAYOR.

OBRAS PUBLICADAS.

LA ALEGRIA DE LA CASA.
CASTOR Y POLUX.
ALUMBRA A ESTE CABALLERO.
A ULTIMA HORA.
EL SARGENTO FEDERICO.
PIENSA MAL Y.... ERRARAS.
ANTES QUE TE CASES....

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: *librería de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.*

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	V. de Martí é hijos
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almería.	Alvarez.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Rico.
Badajoz.	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Búrgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	García de la Puente.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Lara.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	García Alvarez.
Cartagena.	Muñoz García.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	García.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlain y Fernz.
Hara.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Hidalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Rixact.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Casilari.
Mataró	Abadal.
Murcia.	Mateos.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acevedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa María.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlúcar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz
Talavera.	Castro.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Hernaiz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Pers y Ricart.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	Pintor.

LA

ALEGRIA DE LA CASA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

MM. BOURGÉOIS y DECOURCELLE

acomodada á la escena española

por D. Cayetano Rosell y D. Isidoro Gil.



MADRID
IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS
CALLE DEL TURCO, NÚMERO 11
1855

PERSONAGES.

EDUARDO MONTEVERDE.
LUIS DE HINESTROSA.
EMILIO DE SOTO.
ANDRES, } *Criados.*
PEDRO, }
JOSE, }
DOÑA SERAFINA, *madre de Sofía.*
SOFIA, *esposa de D. Luis.*
CECILIA, *su hija.*
CAROLINA.
GERTRUDIS, *aya de Cecilia.*

La accion pasa, en los actos 1.° y 3.° en Aranjuez, y el 2.° en Madrid.

Acto primero.

Salon elegante de una casa de campo.—En el fondo una azotea que cae á un jardin.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SERAFINA. SOFIA. CECILIA.

Doña Serafina está leyendo un periódico junto á la chimenea; á la derecha, Sofía bordando; á la izquierda, Cecilia, de pié junto á la mesa del fondo, examinando un mapamundi.

CECILIA. (*Pasando la vista por el átlas.*) Mamá.
SOFIA. ¿Qué quieres, hija mia?
CECILIA. ¿Está muy lejos América?
SOFIA. (*Sonriéndose.*) Segun el lugar en que uno esté, y el punto de América adonde uno quiera dirigirse.
CECILIA. Quiero decir que si estamos muy lejos del pais en que se halla papá.
D.ª SERAFINA. (*Incomodada.*) (¡Con lo que sale ahora!)
SOFIA. ¿Tu padre? (*Algo turbada.*)
CECILIA. Sí. ¿No me dijiste dias pasados que estaba en América?
SOFIA. Allí está, pero no reside de contínuo en un mismo punto... anda viajando... á sus negocios... y no sé...
CECILIA. (*Acercándose á su madre.*) ¿Es decir que no escribe?... ¿Y por qué no escribe?

SOFIA. No lo sé.

CECILIA. Pues es singular que esté uno siempre viajando y no dé noticias de su persona, sobre todo teniendo mujer, y mamá política, y una hija... porque al fin yo soy su hija... y deseo tanto ver á mi padre!... (*Sofía se levanta y se acerca á la ventana. Doña Serafina da muestras de impaciencia.*) Pero ¿qué teneis las dos?

SOFIA. A mí me duele la cabeza.

D.ª SERAFINA. Y yo estoy rabiendo... de dolor de muelas...

CECILIA. Sí, lo de siempre... asi que hablo de mi padre. Pues bien: se acabó; no hablaré mas de él. ¿A cuántos estamos hoy?

D.ª SERAFINA. A doce de Noviembre de mil ochocientos...

CECILIA. Si, cincuenta y cuatro... Mil gracias. (*Acercándose á la ventana.*) ¡Y qué hermoso tiempo hace!

D.ª SERAFINA. Hermosísimo.

CECILIA. ¿De esto ya puede hablarse... verdad?

D.ª SERAFINA. Sí, hazte la niña mimosa... teniendo diez y seis años.

CECILIA. (*Sin prestarle atencion.*) Y á propósito de viajeros, ¿sería indiscrecion preguntaros si sabeis algo de mi primo Eduardo?

SOFIA. Hoy justamente he tenido carta suya.

CECILIA. Y ¿adónde está ahora?

SOFIA. En Ceuta estaba; pero me escribe desde Cádiz para decirme que ha dejado el servicio, y que estará aquí al mismo tiempo que su carta.

CECILIA. ¿Qué estará aquí? Oh! ¡Cuánto me alegro! ¡Es tan bueno, y le quiero tanto!.. y luego tiene unas ocurrencias...

D.ª SERAFINA. (*Levantándose.*) Ola! Ola! ¡Qué tal la niña! Ya la ha engatusado el oficialito. Eso faltaba ahora, que hagas mas caso de un extraño que de nosotras.

CECILIA. ¿Qué estás diciendo, abuelita?.. ¿No hago yo caso de vosotras?.. Además de que un primo no debe contarse entre los extraños. Porque he dicho que le quiero?... Tambien quiero á mis pajaritos... A propósito: todavía no les he echado de comer. Hasta luego, mal genio.... Hoy tienes un genio muy malo... (*Dándole un beso y volviéndose á su madre.*) Hasta luego, mamita. (*Haciéndole una caricia.*) ¿Sabes que estás muy guapa? (*Se

dirige al fondo, y enviando un beso á las dos con la mano, desaparece corriendo.)

ESCENA II.

DOÑA SERAFINA. SOFIA. *Despues* EDUARDO.

D.ª SERAFINA. ¡Qué graciosa es!... Es la alegría de la casa... Si no fuera por ella... (*Se sienta en medio de la mesa.*) Cada dia está mas bonita.... ¡Callá! todavía no he leido el periódico. (*Se pone á leer.*)

SOFIA. Sí, cada dia mas bonita, y cada dia tambien mas crecida.

D.ª SERAFINA. Como que es menester ir pensando en casarla, que por fortuna no será difícil.

SOFIA. Tampoco será fácil... Esta situacion tan desagradable y escepcional... ¿Habrá muchas familias que quieran participar de ella?

D.ª SERAFINA. ¿Por qué? porque estás separada de tu marido... Pues eso es muy comun; ademas de que tú no tienes la culpa. Te abandonó D. Luis de Hinestrosa al año de matrimonio, porque no podia sufrir el llanto de su hija; le parecia muy fea con los pañales; sin duda queria que hubiese venido al mundo en traje de baile... Tú ¿qué has de hacer? ¿Hás de ir á reconciliarte con un hombre que hace doce años te dejó plantada para vivir mas á sus anchuras?

SOFIA. ¡Eso no!

D.ª SERAFINA. (*Continuando.*) Con un mala cabeza, que despues de haber sido el escándalo de Madrid, venga á dar á tu hija tan mal ejemplo?

SOFIA. ¡Dios me libre!

D.ª SERAFINA. (*Levantándose.*) Pues entonces ¿por qué le echas de menos? ¿Qué te falta? Para ser viuda, el luto; para ser casada, el marido... ¡Cuántas quisieran poder decir otro tanto!... ¡Qué no podrá Cecilia colocarse! Yo te digo que sí. Hay muchos filósofos en el mundo; y en último resultado no ha de faltar un muchacho... bien educado, por supuesto... que aspire á su mano... y á su dinero.

SOFIA. (*Sonriéndose.*) Tiene V. un modo de decir las cosas..,

D.ª SERAFINA. Pues lo digo de verás. Soy rica, y hallaré marido para Cecilia; y si me empeño, me echaré á buscarlo.

EDUARDO. (*Apareciendo en el fondo, y dirigiéndose á un criado.*) Si os digo que es inútil, y que...

CRIADO. (*Anunciando*). El Sr. D. Eduardo de Monteverde.

SOFIA. ¡Eduardo!

D.ª SERAFINA. ¡El primito!

EDUARDO. ¡Vaya un empeño!

D.ª SERAFINA. ¿Qué ha sido eso?

EDUARDO. Ese torpe de José que ha querido pasar recado.., ¡Figúrense Vds. que no necesito mas que me anuncien en una casa para no saber por donde entrar! Gracias á esta corta esplicacion, me halló aquí sin tener que pasar por la vergüenza... Con que, queridas primas... (*Estrechando á ambas la mano.*)

SOFIA. ¡En fin, te tenemos de vuelta!

EDUARDO. Y lo que es esta vez será por mucho tiempo.

D.ª SERAFINA. Tú, que eras antes tan resuelto, tan vehemente...

EEDUARDO. Sí, en el colegio era muy belicoso; pero mi timidez (porque ya sabeis que era muy tímido) mi timidez me cortó los vuelos desde un principio. Admitido en el colegio por milagro, porque hice un exámen fatal, no salí de él... miento, sí salí, pero lo mismo que habia entrado... ¡Vaya un exámen lucido! No, no se me olvidarán aquellos cinco profesores, tan sérios, tan cejijuntos... Uno de ellos, creyendo ponerme la cuestion clara, me preguntó: «Diga usted: ¿quién fué el inventor de la rosca de Arquímedes?... Comencé á atarugarme... parece imposible... hasta que por último respondí: se me ha olvidado...» (*Se rien las dos.*) Ya comprendereis que al oir esto, no querrian perder mas tiempo. A fuerza de empeños logré que me destinasen á un regimiento... Delante del enemigo, eso si, no tenia ya miedo. Con mil legiones de demonios!... ¡Ah! perdonen Vds.: lo que es sacudir lapos, perfectamente; tuve á poco tiempo un ascenso, y por fin otro: me aburrí, y heme aquí, á los treinta y dos años, hecho un capitan retirado... Pero con tanto hablar de mí, no me acuerdo

de preguntar á ustedes... Mi prima doña Serafina tan frescota como siempre, eh? (*Aparte.*) No: bien sabe conservarse. Sofia tan bella, lo mismo que la dejé... Pero ¿y la mas pequeña, la tercera edicion, Cecilia? ¿Habrá crecido mucho?

SOFIA. (*Viendo entrar á su hija.*) Mírala; ella misma viene á responderte.

EDUARDO. ¡Ah!... (*Volviéndose á mirarla.*)¡ Oh!

ESCENA III.

LOS MISMOS. CECILIA.

CECILIA. ¡Mi primo!... ¡Oh! cuanto me alegro... (*Deja caer un libro que trae en la mano.*) Y bien: ¿qué me dice usted?... ¿Ni siquiera me da un abrazo?...

EDUARDO. ¡Un abrazo!... Es verdad... sino que como te veo... digo, como veo á usted tan alta... y sobre todo tan guapa...

CECILIA. ¡Calla! ¿Y eso se opone á darme un abrazo?... (*Cecilia coje el libro, lo pone en la mesa y vuelve á colocarse junto á su madre.*)

EDUARDO. ¡No!... Y una vez que tú... que usted me lo permite...

CECILIA. ¿Por qué no?... (*La abraza.*) Pero ¿qué es eso?

EDUARDO. Nada... sino que...

CECILIA. Se ha puesto encarnado, como una grana.

EDUARDO. ¿De verás?... No tal... El calor sin duda...

CECILIA. ¡Qué calor, si se hielan las pájaros!

EDUARDO. Pues entonces será el frio... (*Echanse á reir las tres.*)

CECILIA. ¡Vaya! ¡vaya!... Es el mismo de siempre.

EDUARDO. ¿Qué he de ser el mismo?... ¡Peor que nunca!

CECILIA. Pues á mí me sucede lo contrario. Desde que he salido del colegio, es decir, de tres meses á esta parte, he adquirido un aplomo... pero qué aplomo!...

EDUARDO. ¡Ah! ¿Con qué ya no está usted en el colegio?... Sí; si no tiene usted ya semblante de niña. De suerte que papá estará tan hueco, al verse con una hija tan...

CECILIA. ¡Papá! (*Sofia y doña Serafina tosen al mismo tiempo.*)

EDUARDO. ¿Qué es eso? ¿Estais constipadas?
SOFIA. No... sino que...
EDUARDO. Es que el tiempo está á propósito... Hay que abrigarse mucho. (*Continuando.*) El bueno de Luis... Le encontré está mañana junto á la puerta de Atocha.
SOFIA. ¡Oh! ¡Imposible! ¡Te equivocarias!
EDUARDO. ¡Equivocarme! No, que le ví muy bien, sino que estaba hablando con uno, y no me atreví...
CECILIA. ¡Ah! ¡qué ha visto usted á mi papá!... ¿Luego ha vuelto ya de América?
EDUARDO. ¿Cómo? de Amé...
SOFIA. (*A él, en voz baja.*) ¡Silencio!
D.ª SERAFINA. (*Lo mismo.*) ¡Imprudente! (*Apretándole el brazo.*)
EDUARDO. ¡Caramba! ¡Qué modo de apretar!
CECILIA. (*Aparte.*) ¿Qué significa esto?
SOFIA. Vaya, Cecilia, á dar leccion de dibujo, que ya es hora...
D.ª SERAFINA. Y habrá venido el maestro... Vamos á ver.
CECILIA. Pero...
D.ª SERAFINA. Vamos, vamos.
CECILIA, Pues yo le preguntaré á este. (*Al salir hace señas á Eduardo de que la espere; y se va con doña Serafina.*)
EDUARDO. ¿Qué querrá decirme, que me hace señas?

ESCENA IV.

SOFIA. EDUARDO.

SOFIA. ¡Imprudente! ¿Has podido olvidar?...
EDUARDO. ¡Ah! Ya caigo; pero desde que falto de Madrid, creí qne se habria arreglado ese asunto?
SOFIA. ¿No sabes que eso es imposible?
EDUARDO. A mí no me lo parecia... Ya; vamos: ¿y Cecilia no sabe nada?...
SOFIA. ¡Qué ha de saber! ¿No conoces que seria menester esplicarle la causa de este rompimiento, y que esto no puede decirse á una niña de su edad?
EDUARDO. Es cierto. Lo que es á mí me costaria mucho trabajo.

SOFIA. ¿Pues cuidado con volver á hablar del asunto: estamos?...

EDUARDO. Te lo prometo, y espero que me perdones este descuido.

SOFIA. ¡Eh! se acabó. Vamos á otra cosa. ¿Con que has dejado el servicio? ¿Y qué pensamientos tienes? ¿Vas á solicitar algun destino, ó has proyectado casarte?

EDUARDO. Lo que es destino, pienso no tener mas que el de paseante.... que es el único á que me siento con verdadera aficion. En cuanto á matrimonio, gracias á mi cortedad de genio, desde hoy me contemplo viudo... Antes de marcharme, y mientras he andando por esos mundos, no he dejado de hacer algunas tentativas; pero siempre me sucedia lo mismo. Entablaba mi pretension, por supuesto valiéndome de tercera persona, pero asi que me veia delante de los padres ó de las muchachas.... se acabó... me ponia encarnado, amarillo, verde; se me hacia la lengua un nudo, y echaba á correr atropellando sillas y mesas, dando un pisoton al suegro, ó enredándome en un boton la manteleta de la mamá... Y ¿qué sucedia? Que al dia siguiente me enviaban un recado muy atento... dándome calabazas, como era de suponer... Asi que ya estoy resuelto... solteron pienso vivir y morir... á no ser que haya alguna desventurada que me pretendaá mí... (*Riéndose*)... lo cual ya conoces que no es probable.

SOFIA. (*Riéndose tambien.*) ¿Qué sabemos?

UN CRIADO. La señora de Mendoza espera en la sala.

SOFIA. Bien: voy al momento... (*Hace que se vá y vuelve.*) ¡Ah! justamente es una viudita muy guapa, que vive cerca de aquí. Te presentaré á ella, porque tú no volverás hoy mismo á Madrid ¿verdad?

EDUARDO. En este instante no sé si...

SOFIA. ¿Es decir que aceptas la proposicion?... Pues bien: diré á la vecinita que venga á tomar una taza de té esta noche con nosotros.

EDUARDO. ¡Cómo! Una presentacion... No, no... prefiero marcharme... ahora recuerdo que esta noche... quizá tenga que hacer...

SOFIA. ¡Ea! No te pongas ya colorado... No tendrás que decir nada: yo hablaré por tí... (*Sale riéndose.*) Yo hablaré por tí.

ESCENA V.

EDUARDO. *Despues* CECILIA.

EDUARDO. (*Solo.*) ¡Pues! Lo mismo dicen todos: No tenga usted cuidado; yo hablaré por usted... y creen resuelta la dificultad diciendo: presento á usted al señor... jóven de mucho mérito... Y al momento añaden todas para sí: ¡Ola! Novio tenemos... y empiezan á mirarle á uno, á examinarle de pies á cabeza, á escudriñar en qué consiste el mérito... y no sabe uno qué hacer de los ojos, ni de las manos, ni de las piernas... y está uno hecho un estúpido... ¡Vaya, vaya: prefiero marcharme... y me marcho ahora mismo!... (*Va á salir.*)

CECILIA (*Entrando por la izquierda con precaucion y á media voz.*) ¡Eduardo!...

EDUARDO. ¡Ah! ¿que eres tú... digo, que es usted, primita?

CECILIA. Estaba con cuidado á ver si se quedaba usted solo... porque tengo que hablar con usted...

EDUARDO. ¿Conmigo?

CECILIA. ¡Chit!... Los momentos son preciosos; con que no perdamos tiempo. (*Se sientan enmedio, uno enfrente de otro.*)

EDUARDO. (*Sentándose.*) Que son preciosos los momentos!... que no perdamos tiempo!... Pues ¿qué vamos á hacer?

CECILIA. Sé, á no dudarlo, que aquí me ocultan algun secreto... y usted lo sabe... y va á descubrírmelo al instante...

EDUARDO. ¿Un secreto?... ¿Cuál puede ser?...

CECILIA. Respecto á mi papá.

EDUARDO. ¡Ah! Ya caigo.

CECILIA. Estoy segura de que no se halla en América, una vez que usted le vió esta mañana.

EDUARDO. Le ví... es decir... creí verle.

CECILIA. Le vió usted, repito... Pues bien: si está en Madrid ¿por qué no viene aquí?... Esto es lo que va usted á decirme inmediatamente.

EDUARDO. Pero... perdone usted... acabo de llegar de Ceuta... Esto es positivo, oficial, é ignoro absolutamente...
CECILIA. ¡Eduardo!... ¡Cuidado con mentir!
EDUARDO. Pero...
CECILIA. A usted le han encargado...
EDUARDO. Puedo asegurar á usted...
CECILIA. Usted conspira con mi abuela...
EDUARDO. ¿Yo?... Soy capaz de jurar...
CECILIA. Eduardo, es usted pariente nuestro, y ademas amigo mio... Pues bien: por este parentesco, por esta amistad le ruego que me hable francamente... se lo suplico.
EDUARDO. ¡Miren ustedes qué niña tan curiosa!
CECILIA. No... no es curiosidad lo que aquí me trae. Se trata de mi padre, y creo tener derecho á saber por qué no le he merecido todavía un abrazo... (*Enternecida.*) ¡Ay! ¡Eduardo! Respóndame usted... Por Dios, no me tenga en esta incertidumbre.
EDUARDO. ¡Pobre muchacha!
CECILIA. Le prometo no repetir á nadie lo que usted me diga. Lo juro.
EDUARDO. ¿Lo jura usted? (*Cecilia pone la mano como para prestar juramento. Eduardo se la hace bajar.*) No hay necesidad. (*Aparte.*) Asi como asi, lo ha de saber tarde ó temprano.)
CECILIA. Vamos...
EDUARDO. Vamos, primita, le diré á usted lo que sé.
CECILIA. ¡Ah! ¡qué bueno es usted!... (*Le da un abrazo.*)
EDUARDO. (*Aparte.*) ¡Cuidado si está crecida!
CECILIA. Diga usted... pronto, pronto.
EDUARDO. Pues en primer lugar, sepa usted que su padre no está... ni ha estado nunca en América.
CECILIA. De eso, ya estoy persuadida... Y ¿por qué no vive aquí, con nosotras?
EDUARDO. Porque...
CECILIA. ¿Por qué?... Vamos.
EDUARDO. Porque mamá y él se indispusieron, hace cosa de doce años... y desde entonces no han vuelto á verse.
CECILIA. Y ¿qué causa hubo para este rompimiento, para esta separacion?
EDUARDO. Hubo... que...
CECILIA. ¿Qué? Diga usted.

EDUARDO. ¡Válgame Dios!... Que su padre de usted era jóven... muy jóven... como que lo es aun... Se casó, por consiguiente, demasiado pronto... No me sucederá á mí lo mismo... Pero esto no es decir que él tuviera toda la culpa...

CECILIA. ¿Entonces, tambien mamá tuvo alguna?...

EDUARDO. ¡Yo no digo eso!.

CECILIA. Por fuerza, pues en otro caso ¿cómo habian de haberse indispuesto y separado?

EDUARDO. Es que... quizá haya tenido la culpa abuelita Serafina.

CECILIA. ¡Cómo!... Se atreve usted á acusar....

EDUARDO. ¡No, Cecilia; yo no acuso á nadie.

CECILIA. ¡La pobre abuelita!... que es enteramente una niña, y de quien hago yo todo cuanto quiero!

EDUARDO. (*Vuelven á sentarse.*) Yo no digo que como abuela no sea mi respetable prima un cordero; puede suceder muy bien, y cosas mas raras vemos todos los dias; pero como suegra... cuidado si tenia mal humor, sobre todo los dias de lluvia... y calcule usted si lloveria el año cuarenta y dos.

CECILIA. ¡Bah! Otras razones debe haber... y usted debe saberlas... Con que dígame usted pronto quién ha alejado á mi padre de esta casa.

EDUARDO. ¿Quién? ¿Quiere usted saberlo? Pues óigalo usted... usted misma. (*Se levantan.*)

CECILIA. ¿Yo?...

EDUARDO. Usted. La verdad es que papá no podia aguantar los niños; y cuando usted era chiquitita, dicen que tenia usted un geniazo!... que tomaba cada rabieta!... sobre todo en la época de la denticion... ¡Ah! su denticion de usted fué una cosa horrible!

CECILIA. (*Animándose y alzando la voz.*) Bueno: pero ahora ya no soy niña, ni grito, ni tengo que echar los dientes; y este divorcio no puede subsistir mas tiempo, porque es odioso, imposible!...

EDUARDO. (*Aparte.*) ¡Anda! ¡anda! ¡Y dice que no grita! (*A ella.*) Tiene usted razon: soy del mismo dictámen; pero despues de lo que ha ocurrido, no encuentro mas que un medio de reconciliar á sus padres de usted.

CECILIA. ¿Y cuál es?

EDUARDO. Que se case usted.

CECILIA. ¿Casarme yo?... Y ¿qué se adelantará?...

EDUARDO. Para efectuar el contrato, para obtener el consentimiento paterno, es preciso que sus padres de usted tengan una entrevista; y acaso, acaso, á pocas ganas que uno y otro manifiesten... se podrá conseguir que se junten... para firmar el contrato; y ya ve usted que una vez que vuelvan á verse...

CECILIA. Sí, no querrán separarse... Me parece muy buena idea.

EDUARDO. (*Aparte.*) Muy buena idea... y yo la he sugerido!

CECILIA. Pues, señor, es preciso que me case, y quiero casarme!... pero ha de ser al momento.

EDUARDO. Está bien.... mas esas cosas no se improvisan como usted cree.

CECILIA. ¿Y por qué no?

EDUARDO. En primer lugar, para casarse se necesita...

CECILIA. ¿Qué?...

EDUARDO. ¡Nada! ¡Una friolera!... En primer lugar tener marido.

CECILIA. ¡Marido!... Pues no ha de quedar por eso... Tardaré mucho en hallarle!... Ya le tengo!

EDUARDO. (*Aparte.*) Qué cabeza!

CECILIA. ¿A que no sabe vd. quién es?

EDUARDO. ¿Yo?... ¡Cómo he de saberlo! ¿Quién es? Veamos.

CECILIA. Pues es... vd.!

EDUARDO. ¿Cómo?... ¿Qué ha dicho vd.?

CECILIA. ¡Que es vd mismo! Pertenece vd. á la familia... me ha querido siempre mucho... Con que ¿qué dificultad ha de haber?

EDUARDO. Pero eso es pedir mi mano... ó mejor dicho, tomarla.

CECILIA. (*Con zalamería.*) Usted no me amará, primo; bien lo conozco; pero haga vd. este sacrificio.

EDUARDO. ¿Yo?... ¿Por qué no he de amarla á vd.? (*Aparte.*) Pues, señor, ha crecido mucho.

CECILIA. ¡Ea! ¿Con que quedamos en eso?

EDUARDO. Pero...

CECILIA. No hay mas que hablar.

EDUARDO. Corriente... Quedamos en esto.

SOFIA. (*Desde afuera.*) Me habeis comprendido.

Cecilia. Mi madre viene... Ya puede vd. pedirme al momento.

Eduardo. (*Aparte.*) Esto mas, ¡cielo santo!

ESCENA VI.

DICHOS, SOFIA.

Sofia. ¡Ola! ¡Cecilia! ¿Ha estado acompañándote el primo? ¿Y qué? ¿Habeis recordado vuestras antiguas relaciones?

Eduardo. Mucho que sí... Ya lo creo.

Sofia. Esta no ha dejado de ser chiquilla... ¿verdad?

Eduardo. ¡Ps!... así... enteramente...

Sofia. Pero ¿qué tienes?... Parece que estas turbado...

Eduardo. ¿Turbado?... No... al contrario...

Sofia. ¿Qué significa esto?

Eduardo. Nada... si no es nada...

Sofia. Pues no hay remedio... algo te ha sucedido.

Cecilia. ¡Vamos! Dígalo vd.

Eduardo. (*Bajo á Cecilia.*) Es qae... estoy buscando los guantes, porque para pedir á una señorita, es menester ir de guantes.

Cecilia. (*Aparte.*) Vaya: no acabaremos en todo el dia. (*Alto.*) Pues bien: sí, mamita; pasa una cosa muy formal, muy grave... y cuando has entrado, iba Eduardo á decirme que tenia que revelarte una cosa muy importante.

Sofia. ¿De veras?... Pues, primo, ya estoy escuchándote. (*Se sienta.*)

Cecilia. (*A Eduardo en voz baja.*) Que está escuchando.

Eduardo. (*Lo mismo á ella.*) Ya lo sé, y por lo mismo...

Sofia. Vamos, pues.

Eduardo. (*Poniéndose los guantes.*) ¡Dios mio! Prima, me ves tan aturdido... (*Aparte.*) No es mal principio este. (*A ella.*) Es cierto que... pero por otra parte... (*Aparte.*) ¡Magnífico! no puede ir mejor.

Sofia. Te confieso que no entiendo palabra.

Cecilia. (*A Eduardo en voz baja.*) Pero ¿acabará vd.?

Eduardo. ¿No me esplico?... Muy mal tal vez... mas al fin me esplico.

CECILIA. Sí, ¡buen modo!... ¡Mas claro!

EDUARDO. (*Aparte.*) Por vida de... ¡Uf! ¡qué calor! (*En voz alta.*) Pues, querida prima: he aquí el asunto en dos palabras. Cuando me marché á Céuta...

CECILIA. (*Aparte.*) ¡Jesucristo! Adónde irá á parar?...

EDUARDO. Estaba muy lejos de sospechar...

CECILIA. ¡Cómo!... ¿Estaba vd. lejos de sospechar?... Querrá vd. decir que tenia ya el proyecto...

EDUARDO. ¡Justamente! ¿No es eso lo que he dicho?... Queria decir que tenia ya el proyecto...

SOFIA. ¿Qué proyecto?

CECILIA. Y como por mi parte...

EDUARDO. Y como por su parte...

CECILIA. (*Apuntándole.*) Mi prima...

EDUARDO. Mi prima.

SOFIA. Pues, queridos, os aseguro que si continuais así, llamaré un maestro de griego.

EDUARDO. Es verdad: me harás un favor...

CECILIA. Bueno, mamá, pues yo lo diré en castellano.

EDUARDO. Eso será mejor. (*Se limpia el sudor.*)

CECILIA. Mi primo me ama con delirio; yo adoro á mi primo; y estaba pidiéndome que fuera su esposa cuando tú has llegado. Esto es.

EDUARDO. (*Limpiándose otra vez.*) Eso es.

SOFIA. (*Riéndose.*) Pero ¿qué broma es esta?

CECILIA. ¿Cómo broma?... Que lo diga Eduardo.

EDUARDO. No es broma, no; ¡es verdad!

SOFIA. ¿Que estás enamorado de mi hija?

EDUARDO. Con delirio.

SOFIA. (*Con indiferencia.*) ¿Y que ella te ama?

CECILIA. No lo puedo remediar.

EDUARDO. ¿Qué tal? ¿Lo oyes?

SOFIA. Y ¿cómo os ha entrado ese amor tan de repente?

EDUARDO. De rep...

CECILIA. (*Interrumpiéndole.*) ¡No lo creas!... Hace mucho tiempo que nos amamos; y antes de marcharse á Céuta, nos habiamos prometido amarnos siempre.

SOFIA. (*A Eduardo.*) Siendo así, ¿por qué no me lo has escrito?

EDUARDO. Es verdad, pero lo primero, ya sabes cuán tímido soy, y luego que... al marcharme á Céuta...

CECILIA. Y luego que... Eduardo no queria descubrir

nuestro secreto hasta saber si yo me conservaba fiel.
EDUARDO. Precisamente.
CECILIA. Y una vez convencido de que yo no habia variado, quiso pedirte mi mano inmediatamente; y ya has visto que no ha vacilado... un instante siquiera.
EDUARDO. ¡Ya lo has visto! (*Aparte.*) Apenas arma enredos la niña.
SOFIA. (*En voz baja á Cecilia.*) Pero ¿es cierto que le amas?
CECILIA. ¿Que si le amo?... ¡Ah! y ¡*tanto!*
SOFIA. Eduardo es un buen muchacho, á quien he mirado siempre con afecto y estimacion, y si desea este enlace con el mismo empeño que tú...
CECILIA. ¿El?,.. Pues si me ha asegurado que se levantará la tapa de los sesos como tú te opongas...
SOFIA. ¡Eduardo!
EDUARDO. En efecto, tratando estaba de...
SOFIA. (*Riéndose*) ¡Ah! Pues me apresuraré á decir que sí, para evitar la efusion de sangre.
EDUARDO. (*Aparte.*) No hay mas. Héteme ya casado.
CECILIA. Mil gracias, mamá; ya estoy contenta.
EDUARDO. ¡Oh! sí; ya estamos contentos.
CECILIA. Y ahora, hablemos de otra cosa. Sé que papá está en Madrid, que no se ha ausentado un solo dia... en una palabra, lo sé todo.
SOFIA. ¡Cómo! ¡Eduardo!
EDUARDO. Lo que es yo...
CECILIA. ¿Habia de tener secretos para mí? ¡Pues no faltaba mas!
EDUARDO. Es claro; yo no podia tener secretos...
CECILIA. ¡Ea!... (*A su madre.*) Dime, querida mamita; ¿no será el matrimonio de esta hija causa de una reconciliacion que estareis deseando ambos?
SOFIA. ¿Una reconciliacion?... ¡jamás!... Me ha ofendido mucho tu padre, hija mia... ¡No; jamás!
CECILIA. Es que cuando digo reconciliacion... quiero decir inteligencia.
EDUARDO. Eso, eso.
SOFIA. ¡Imposible!
CECILIA. Bueno; pero yo no he de ir á la iglesia sola como una inclusera, teniendo un padre en quien apoyarme... ¿verdad, Eduardo?
EDUARDO. Sí, la presencia de papá es indispensable.

Cecilia. ¿No ha de ser?... Ya ves, mamá, el mismo Eduardo dice que jamás se ha visto cosa igual.

Eduardo. ¡Jamás!

Cecilia. Anda, mamita... prométeme recibir á mi padre, y que uno y otro me dareis vuestra bendicion!

Eduardo. Eso está muy puesto en órden.

Sofia. Pues bien... cuando llegue el caso... por tí, hija mia, por tu marido...

Eduardo. Sí, hazlo por mí.

Sofia. Y por el bien parecer, veré al señor don Luis el dia que se firme el contrato, en lo cual te daré la mayor prueba de cariño que puede dar una madre.

Cecilia. ¡Oh! ¡Cuánto te amo, y qué dichosa soy!.., Usted es tambien muy dichoso, Eduardo, ¿verdad? (*Eduardo inclina la cabeza.—Cecilia, pellizcándole, le dice en voz baja.*) Pero muévase vd... que parece un santo de palo!

Eduardo. ¡Qué si soy dichoso! (*Paseándose muy de prisa.*) Ni Creso, ni Telémaco, ni el casto José conocieron ventura como la mia.

Cecilia. (*Deteniéndole.*) ¡Basta!... Ahora tiene vd. que ir á pedir mi mano á papá.

Eduardo. (*Sin moverse.*) ¡Otra peticion!... Está bien.

Cecilia. He dicho que ahora... con que á ver si va vd...

Eduardo. Voy... voy... á ponerme un frac negro y á comprar unos guantes blancos en casa de Dubost, y antes de dos horas estaré á los pies de papá suegro... Tengo la cabeza como un volcan, y creo que desplegaré una elocuencia... (*Aparte.*) A decir verdad, no hubiera creido nunca ser hombre de tanto aplomo. (*En voz alta dando la mano á Sofia.*) Adios, mamá Sofia. (*A Cecilia haciendo lo mismo.*) Adios, mujercita mia... (*Lo mismo á doña Serafina, que entra por el fondo.*) Adios, mamá Serafina. (*Váse corriendo.*)

ESCENA VII.

SOFIA. CECILIA. DOÑA SERAFINA.

D.ª Serafina. ¿Qué es eso?.... ¿Qué tiene?.... ¿Se ha vuelto loco ese muchacho?

Cecilia. Sí, de alegría...... Como va á casarse.....

D.ª SERAFINA. ¿Que va á casarse?

CECILIA. Sí, abuelita; él y yo vamos á casarnos el mismo dia... por la sencilla razon de que nos casamos uno con otro.

D.ª SERAFINA. ¿Qué estás diciendo?

SOFIA. Parece que se aman hace tiempo, y me he visto precisada á darles mi consentimiento.

CECILIA. Y ahora solo se trata de obtener el de mi papá.

D.ª SERAFINA. ¿Cómo? de...

SOFIA. Mamá, si lo sabe todo. (*Se sienta á la derecha.*)

D.ª SERAFINA. Entonces... Si es preciso que dé su consentimiento... se le pedirá... Será menester rogarle que nos lo envie; y para no perder tiempo, voy á escribirle inmediatamente.

CECILIA. Pero, abuelita, escríbele con cariño.

D.ª SERAFINA. ¡Si sabré yo lo que he de hacer! (*escribiendo*) «Muy señor mio: Debiendo casarse su hija de »usted...» ¿Para cuando?

CECILIA. Lo antes posible.

D.ª SERAFINA. Dentro de tres semanas.

CECILIA. ¡Qué, abuelita! Ponga Vd. quince dias.

D.ª SERAFINA. He dicho que tres semanas.

CECILIA. Y yo digo que quince dias.

D.ª SERAFINA. Vamos, pues quince dias. «Muy señor »mio: Debiendo casarse su hija de Vd. dentro de quin»ce dias, hará Vd. por enviarnos su consentimiento lo »mas pronto posible, para que no nos veamos deteni»dos por la falta de esta pequeña formalidad. Es de us»ted atenta servidora Q. S. M. B.—Serafina de An»glada.

CECILIA. ¿Y eso es para mi papá?

D.ª SERAFINA. ¡Qué tal; si sé yo poner cartas!

CECILIA. ¡A eso llama Vd. poner una carta! En tal caso es una carta órden, un emplazamiento judicial, como los que vienen en el Diario... ¡Pues no faltaba mas!

UN CRIADO. (*Entrando y dirigiéndose á Sofía.*) Esta carta acaban de dejar ahora.

SOFIA. (*Mirando el sobre y aparte.*) ¡Dios mio!

D.ª SERAFINA. ¿Qué es eso? (*Levantándose.*)

SOFIA. Una carta de mi... de D. Luis.

CECILIA. ¡De papá!... Oh! léela, por Dios, léela pronto.

D.ª SERAFINA. ¿Qué querrá?

SOFIA. (*Leyendo.*) «Señora: próximo á emprender un viaje que no sé cuanto se prolongará, desearia llevarme el retrato de nuestra hija, de nuestra Cecilia, cuya dulce imágen me serviria de gran consuelo en medio de mis tristezas y sinsabores. Abrigo, pues, la esperanza de que Vd., que á todas horas puede gozar de la realidad, no negará á un padre la posibilidad de satisfacer esta ilusion. Sírvase Vd., señora, recibir el testimonio de la profunda consideracion con que es de usted afectísimo servidor Q. S. P. B.—Luis de Hinestrosa.»

CECILIA. ¡Cómo!... Mi padre se acuerda de mí!... ¡Es decir que me ama!...

D.ª SERAFINA. (*Aparte.*) Aqui debe de haber misterio.

CECILIA. Y ¿qué dices á eso, mamá?

SOFIA. No digo nada, hija mia; pero me alegro mucho de que tu padre se acuerde de tí.

CECILIA. ¡Y qué letra tan clara y tan gallarda tiene! Déjamela. (*Coje la carta y la acerca á sus lábios.*)

D.ª SERAFINA. Tiempo ha tenido de escribirla en doce años.

CECILIA. No se trata de lo pasado, sino de lo presente. Papá quiere tener mi retrato y es menester enviárselo al momento. ¿A qué pintor iríamos?... ¿Te acuerdas, mamá, del retrato de Julia?... Es muy bonito, ¿es verdad? Lo hizo... este... en fin en mi cuarto he de tener el nombre... Voy á verlo... (*Vase, diciendo para sí.*) ¡Con tal que me saque muy parecida!... Me pondré el vestido de tarlatan con cintas escocesas, y en la cabeza aquel adorno de flores silvestres que me sienta tan bien... ¡Qué dichosa soy!

ESCENA VIII.

SOFIA y DOÑA SERAFINA.

D.ª SERAFINA. (*Aparte.*) A buena hora se acuerda el muy bribon de echársela de sensible!

SOFIA. ¿En qué está Vd. pensando, mamá?

D.ª SERAFINA. En la carta de tu marido. ¡Venir al cabo de tantos años con esa ternura paternal!...

SOFIA. Pues mamá, se comprende bien: mientras Cecilia ha sido una chiquilla, nada tiene de estraño que apenas se haya acordado de ella; pero ahora que está hecha una mujer, y sabe ó supone que es tan graciosa, es natural que al poner la mano en su corazon haya sentido la conmocion del cariño paternal.

D.ª SERAFINA. Todo eso es muy bonito para una novela.

SOFIA. Sin embargo, el motivo que le hace obrar asi...

D.ª SERAFINA. ¿El motivo?... ¿Quieres saber cuál es? Pues lo que ese hombre pretende es robarnos nuestra hija.

SOFIA. ¡Mamá!

D.ª SERAFINA Hoy se contenta con el retrato; mañana pedirá el original. Y en nada de esto tiene parte su ternura, como tú crees. ¿Qué le importa á él su hija? Todo lo hace por atormentarnos, porque sabe que esta niña es nuestro encanto, nuestra felicidad... No; pero no ha de salirse con la suya... Primero que me la arranque de las manos... Ah! si tú me hubieses hecho caso en otro tiempo!... Si hubieras acudido á los tribunales en demanda de divorcio, te hubieras quedado para siempre con tu hija, y no nos veriamos hoy espuestas... ¡Quita allá!... ¡Si no tienes sangre en las venas!...

SOFIA. ¡Cecilia viene! ¡Silencio!

CECILIA. (*Entrando.*) El pintor es Federico...

SOFIA Es inútil, hija.

CECILIA. ¿Cómo?

SOFIA. ¡Que es inútil! (*Se retira á su habitacion.*)

ESCENA IX.

DOÑA SERAFINA. CECILIA.

CECILIA. ¡Cómo!... ¿Qué es inútil?... ¿Y por qué?...

D.ª SERAFINA. Porque no ha de hacerse tu retrato.

CECILIA. ¿No ha de hacerse?... ¿Qué significa esto?

D.ª SERAFINA. Que hemos tratado de esto tu madre y yo, y hemos convenido...

CECILIA. Bueno; pues cualquiera que haya sido vuestro convenio, mi padre es mi padre, pide mi retrato, y no hay razon alguna para negárselo... Si fuese fea, lo com-

prenderia; pero como soy todo lo contrario, quiero que se envie al momento... al momento.

D.ª Serafina. Vaya, niña, no te desazones.... Tienes razon; eres su hija; y si formas empeño...

Cecilia. Lo formo, sí, lo formo.

D.ª Serafina. Pues bien: se le enviará el que hay en mi habitacion.

Cecilia. ¡El que hay en tu habitacion! ¡Aquel que tiene una chichonera, una cabezota como una bola del puente de Segovia, y un enorme gato sobre las rodillas!... ¡Eso faltaba para que papá me mire con horror!... No, señor; es menester enviarle un retrato bonito y que se me parezca; pues si no, voy á escribir á mi padre y decirle...

D.ª Serafina. (*Levántandose.*) ¡Niña, por Dios! (*Aparte.*) Es una pólvora... un fósforo... Lo mismo era yo de su edad. (*En voz alta.*) Señorita, es usted insoportable... Venga usted aquí, deme un abrazo y sosiéguese. Se hará todo lo que usted quiera... Vamos... ¿estás contenta?

Cecilia. ¿Contenta?... No del todo.

D.ª Serafina. ¿Por qué?... ¿Qué es lo que quieres?

Cecilia. Mientras buscaba el nombre del pintor, he estado pensando que quizá se necesitará mucho tiempo para hacer el retrato.

D.ª Serafina. Por eso no ha de quedar.

Cecilia. Ya, pero como papá dice que va á marcharse...

D.ª Serafina. No tendrá tanta priesa.

Cecilia. ¿Y si la tiene?

D.ª Serafina. Se le enviará á Roma, á Nápoles, á Pekin, adonde vaya á parar.

Cecilia. Eso es... y si no está parecido... Porque no debe ser muy fácil retratarme con esta nariz tan pequeña.

D.ª Serafina. Pero como tu señor padre no te ha visto desde que tenias tres años, se figurará que eres tú, y lo mismo da.

Cecilia. (*Dando una patada en el suelo.*) No señor: yo no quiero eso... quiero que se me parezca...

D.ª Serafina. (*Haciendo lo mismo.*) Pues eso es tambien lo que yo deseo.

Cecilia. ¡Ea!... A ver si nos entendemos... Existe un retrato mio, de una semejanza perfecta, y seria mas sencillo enviarle ese.

D.ª SERAFINA. ¿Qué retrato?

CECILIA. (*Dándose una palmada en la cara.*) Este... yo misma.

D.ª SERAFINA. (*Desasosegada.*) ¿Tú?... tú?... ¿Pero has perdido la cabeza.

CECILIA. ¡Sí, perderé la cabeza!... Al contrario: soy la razon personificada. ¿No reflexionas que en estos momentos tenemos el mayor interés en contentar á mi padre, y hasta en adularle un poco, porque al fin y al cabo puede oponerse á mi matrimonio?

D.ª SERAFINA. Y bien; si se opusiera...

CECILIA. ¿No sabes que adoro á mi primo, que estoy loca por él?... ¡Ay, abuelita! No lo dudes: si dejase de ser su muger, cree que no sobreviviria á este golpe.

D.ª SERAFINA. ¿Hasta ese punto le amas?

CECILIA. Hasta ese punto; y en tal caso, tú serias la causa de mi muerte.

D.ª SERAFINA. ¿Quieres callar?... No sabia yo que la cosa estaba en ese estado.

CECILIA. Pues lo está... Con que...

D.ª SERAFINA. Nada, nada: es menester reflexionar en ello... Ello no hay duda que un pedanton como tu padre será capaz de cualquiera cosa, á trueque de que rabiemos; al paso que con dos ó tres mimos tuyos le trastornarás el seso; porque son tan débiles los padres...

CECILIA. De modo que consientes...

D.ª SERAFINA. ¡Qué he de hacer!

CECILIA. ¡Oh! ¡qué feliz soy!... Voy corriendo á decírselo á mamá...

D.ª SERAFINA. ¿A mamá? ¡Eso no!

CECILIA. ¿Y por qué?

D.ª SERAFINA. (*Aparte.*) Porque no quiero parecer una veleta. (*A ella.*) Tu madre no era de opinion que se enviase el retrato; y ya sabes que cuando se le mete una cosa en la cabeza...

CECILIA. Pues bien: iré á Madrid con cualquier pretesto... Y á propósito ¿dónde vive papá?

D.ª SERAFINA. Yo te daré las señas.

CECILIA. (*Haciendo que se va.*) Mil gracias... Dime, abuelita, no he de hacer el viaje sola...

.ª SERAFINA. De ningun modo.

ECILIA. ¿Si quisieses venir conmigo?

D.ª SERAFINA. ¿Yo?... Todo menos que eso... No lo creas, Luisa te acompañará.

CECILIA. (*Abrazándola.*) ¡Ay! ¡qué guapa eres! (*Llamando á Luisa.*) ¡Luisa! ¡Ponte la mantilla, y sácame el sombrero, el manton y los guantes!...

ESCENA X.

DICHAS *y* SOFIA.

SOFIA. Pues ¿dónde vas?

CECILIA. Abuelita dice que no tiene estambres: á mí me hacen falta tambien agujas y lápiz, y voy á comprar todo esto con Luisa.

D.ª SERAFINA. (*Aparte.*) ¡Qué bien las urde! (*Cecilia se arregla el peinado al espejo.*)

SOFIA. He reflexionado acerca de lo que me ha dicho usted sobre el retrato, y sus razones de usted me parece que no tienen réplica, mamá.

D.ª SERAFINA. (*Un poco turbada.*) ¡Ah! con que te parece que...

SOFIA. Supongo que no habrá usted variado de opinion?

D.ª SERAFINA. ¿Yo?... ¡No!... He dicho que no debia enviarse el retrato... y sigo diciendo... que lo que es el retrato no debe enviarse...

CECILIA. (¡*Aparte*!) ¡Claro! ¡Yo voy á llevar el original! ¡Hasta luego! (*Da un beso á su madre y se va corriendo.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Una sala en casa de Hinestrosa.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO. ANDRES.

Andrés está arrellanado en una butaca leyendo un periódico. Pedro limpiando una silla.

ANDRES. ¡Pedro! (*Volviéndose.*) ¿Qué es eso? ¿qué demonios estás haciendo?

PEDRO. ¡No lo vé! ¡estoy limpiando el respaldo de esta silla!

ANDRES. ¡Déjalo ya! Si te habrás figurado que han de quedar los muebles como un espejo.

PEDRO. ¡Pues ya se ve!

ANDRES. De ningun modo; no son esos los usos de la casa...

PEDRO. Como que ayer entré en ella... usted no estrañará que yo...

ANDRES. Tienes razon,.. Siéntate aquí, voy á ponerte al corriente en dos minutos...

PEDRO. ¡Que me siente!... es que si el amo entra y me ve...

ANDRES. Pierde cuidado; el amo no cometerá esa indiscrecion... llamará si quiere algo.

PEDRO. Entiendo.... ¿será aun muy mozo?

ANDRES. No por cierto... Raya ya en los cuarenta. El amo

es un señor escelente, separado de su muger hará una docena de años, y que vive enteramente como un soltero! ¡Soberbia vida para él y para nosotros! Sale, por lo general, á eso de las cuatro de la tarde, y no vuelve á casa hasta las seis de la madrugada, cuando vuelve; lo cual quiere decir que en ese tiempo quedamos nosotros dueños de la casa. Podemos ir al café, al teatro, dar de cenar á nuestros amigos, y aun de cuando en cuando echar una partida. Claro está que el amo es el que paga el gasto... porque un hombre solo no pierde el tiempo en examinar las cuentas, como esos diablos de mugeres... Con que, ya lo sabes; aqui lo que importa es trabajar poco, divertirse, sisar lo que se pueda, y cerrar el pico.. ahora no vayas á echarlo á perder...

PEDRO. (*Sentándose al lado de Andrés.*) Descuide V., señor Andrés... ya que no tenemos engorros de mugeres... ¡yo me amañaré!...

ANDRES. No he dicho que no tengamos mugeres... al contrario... tendrás siempre una á quien servir... Es lo mejor que hay en esta casa... Son amas que saben gastarlo, y tirar el dinero lo mismo que lo reciben. (*Llaman.*) ¡Ah! ya se ha despertado. (*Entreabriendo la puerta de la izquierda.*) ¿Llama vd. señor?

LUIS. (*Dentro.*) ¿Qué hora es?

ANDRES. Las dos y media dieron hace poco. (*Sale don Luis vestido con trage de mañana.*)

LUIS. ¿Mi correo? ¿los periódicos?

ANDRES. (*Tomando una bandeja de plata de encima de la consola.*) Aquí están las cartas de hoy. (*Metiéndose el periódico que asomaba por el bolsillo.*) Los periódicos, no los han traido todavía. (*Bajo á Pedro.*) Tengo que leerlos yo.

LUIS. Ya sabes que hoy viene gente á comer.

ANDRES. ¿Sí, señorito, y si el señorito gusta examinar la lista?

LUIS. Lo dejo todo á tu cuidado. (*Despidiéndole con el gesto.*)

ANDRES. Tengo que hacer presente al señorito que hoy el pescado y la caza estaban por las nubes.

LUIS. Bien, bien.

ANDRES. (*Bajo á Pedro.*) Lo estás viendo; pues siempre es lo mismo. (*Vase con Pedro.*)

ESCENA II.

DON LUIS. *Solo.*

(*Se deja caer sobre el vís-á-vís, y empieza á abrir su correspondencia.*) Un almuerzo en casa de Máximo. Pasado mañana la comida de Federico... un baile en casa de la de Beltran... (*Con risa algo forzada.*) Los solterones de ambos sexos me obsequian, los casados se abstienen. (*Bosteza.*) ¡Bravo, no sé lo que tengo hoy; pero la cosa no marcha!... ¿Qué ha de ser?... que me fastidio!... ¡Oh! lo que es eso, en vano seria negarlo, hay dias en que me fastidio... horriblemente!... Esto no tiene sentido comun; es absurdo; porque, en fin, soy rico, gozo de buena salud, estoy libre!... y libre despues de haber sido esclavo... lo cual centuplica el precio de la libertad!... Ya no tengo muger que censure si me retiro tarde, y que me reprenda con sus miradas, mientras mi suegra lo hace verbalmente. ¡Oh! las suegras!... ¡Y entre todas las suegras, Doña Serafina!... ¡qué energúmeno de muger!... ¡con aquellos ojos de gato, aquellos chillidos y aquel bigote!... ¡Uf! ¿Solo de acordarme me da frio? ¡Vamos, vamos, bien he hecho de acordarme!... ¡Amigo Luis, eres un ingrato en quejarte de tu suerte! (*Buscando entre las cartas.*) Cómo será no haber recibido todavía contestacion de Aranjuez... Verdad es que aun no hay tiempo... escribí ayer...

ANDRES. (*Anunciando.*) ¡Señorito! don Eduardo Monteverde!

ESCENA III.

LUIS. EDUARDO *vestido de serio.*

LUIS. ¿Qué es esto? ¿Tú por Madrid, amado primo? no acabo de dar crédito á mis ojos.

EDUARDO. Sí, primo, sí, yo en persona.

LUIS. Mi buen Eduardo. (*Mirándole.*) ¡Cáspita! ¡qué etiqueta! ¡ha sido para venir á verme para lo que te has vestido así!

EDUARDO. Sí, querido; porque vengo á hacerte una visita en que el trage de serio es de rigor.

LUIS. (*Bajando ambos al proscenio.*) ¡De veras!... pues por mas que le doy vueltas, no adivino...

EDUARDO. ¿Con que no presumes lo que aquí puede traerme en este trage?

LUIS. No por cierto.

EDUARDO. Entonces, será preciso que yo te lo diga. En fin, cómo ha de ser, me lanzo.

LUIS. Habla, aqui te escucho.

EDUARDO. Eso es, siéntate, y ponte grave, para que lo eche á perder: me habia formado el propósito de hablarte de pie, y tú me desconciertas, me vas á hacer perder el hilo de mis ideas.

LUIS. ¿Con que tan complicado es el asunto?

EDUARDO. Complicado precisamente, no. Si te lo dijese sin gastar rodeos, seria negocio de un instante.

LUIS. Pues anda, dilo.

EDUARDO. ¡Dilo! ¡dilo! (*Aparte.*) Eso quisiera.... (*Alto.*) Amigo mio, ayer llegué... de Céuta... á las nueve de la noche... por el camino de hierro de Albacete... Asi que llegué, me metí en la cama; esta mañana abrí los ojos, y me encontré con que estaba lloviendo... hacia frio. Al ver esto, dije para mis adentros... estoy por irme al campo... y fluctué entre irme á Villaviciosa... al Pardo... á Carabanchel... Me estás escuchando, no es verdad?

LUIS. ¿Es muy interesante todo eso?

EDUARDO. Sí, no deja de tener algun interés.

LUIS. ¿En fin?...

EDUARDO. En fin, me decidí por...

LUIS. ¿Por?...

EDUARDO. ¿Ya sé que vas á decirme que al diablo se le ocurre volver á tomar el camino de hierro, y que podia haberme detenido alli... pero qué quieres? los genios... y luego, unas amigas, unas parientas, á quienes no habia visto en tres años... en fin, vas entendiéndolo, no es esto?

LUIS. No, chico, no... no te entiendo una sola palabra.

EDUARDO. (*Esforzándose.*) ¡Uf! ¡voto al chápiro! que calor tienes en este cuarto.

LUIS. ¿Quieres tomar algo?

EDUARDO. No, muchas gracias, muchas gracias.

LUIS. ¿Pero en fin?...

EDUARDO. En fin volví á tomar el camino de hierro de Aranjuez y...

ANDRES. (*Anunciando.*) Don Emilio de Soto.

EDUARDO. ¡Llévele el diablo! ¡ya habia cojido el hilo!... vuelta á empezar ahora.

ESCENA IV.

DICHOS, EMILIO. *Vestido de mañana pero con pretensiones.*

EMILIO *á Luis.* Buenos dias, carísimo. (*Saludando á Eduardo ligeramente.*) Caballero... (*A Luis.*) ¿Estorbo por ventura?

LUIS. De ningun modo... estaba hablando de... caminos de hierro con Eduardo Monteverde, uno de mis mejores amigos y parientes... á quien te presento.

EMILIO. (*Saludando un poco mas.*) Caballero...

EDUARDO. Caballero...

LUIS. Muy temprano viene hoy por aquí para lo que acosbra, el señor don Emilio!... que es eso? ¿está vd. vacante?...

EMILIO. ¿Yo?... ¡qué disparate!... al contrario... (*Echándose con desenfado en el vís-á-vís.*) ¡Querido, he hecho estos dias la conquista de una rubita preciosa! (*Saca un cigarro y le enciende.*) ¡Un pino de oro!... ¡No tiene aun diez y seis años... La voy á civilizar...

EDUARDO. (*Aparte.*) ¡Bravísimo!... ¡no dirán que este es tímido!

LUIS. Antes que continue vd... permítame que no le felicite por ese triunfo...

EMILIO. ¿Por qué?...

EDUARDO. Lo dirá, porque... supondrá injustamente que va vd. á engañar á esa pobre niña.

LUIS. Y muy bien supuesto... has de saber que este caballerito se jacta de no creer en nada, ni en los hombres, ni el diablo, ni en la virtud de las mugeres.

EMILIO. ¡Sobre todo en la virtud de las mugeres!

LUIS. Esceptuando una, sin embargo, supongo.

EMILIO. ¿Cuál?

EDUARDO. (*Con sencillez.*) ¿Cuál ha de ser... su madre de usted.

EMILIO. ¡Mi madre!... Yo diré á usted... no la he conocido.

EDUARDO. ¿Ha muerto?

EMILIO. No tal.

EDUARDO. Entonces no entiendo...

EMILIO. Me esplicaré. Yo tenia unos tres ó cuatro años cuando mis padres se separaron por no avenirse sus genios. Mi madre se fué á vivir á una de sus posesiones, y mi padre me educó á su lado, tratándome mas bien como compañero que como hijo; y como él no me ha hablado nunca de mi madre ni bien ni mal, me seria imposible contestar con seguridad á la pregunta que usted me ha hecho.

EDUARDO. (*Aparte.*) ¡Vaya una alhaja que es este mocito!

EMILIO. ¡Voto á! se me ha apagado el cigarro... A propópósito, Hinestrosa... (*A Eduardo pasando por delante de él.*) Perdone usted... A propósito, mi padre no vendrá hoy. Se ha marchado esta mañana á Málaga.

LUIS. ¿Está enfermo?

EMILIO. Enfermo... no es la palabra... pero tose mucho el pobre señor... Ya se ve, ha vivido muy deprisa y necesita reponerse un poco para hacer la vida de soltero este invierno.

EDUARDO. (*Aparte.*) El buen señor puede alabarse de haber criado bien á su hijo.

EMILIO. Pero volviendo á la muchacha de que hablé hace poco, quiero que ustedes mismos juzguen de su belleza, de su candor... y voy á ver si logro que la vean... trayéndola hoy á comer aquí.

EDUARDO. (*Aparte.*) Cáspita!... mi futuro suegro tiene unos amigos que pueden arder en un candil...

EMILIO. Corro á buscarla antes que salga. (*Dándole la mano á Luis.*)
Hasta la vista... (*Saludando á Eduardo.*)
Caballero... (*A Luis desde el fondo.*) Carolina buena?

LUIS. Buena, gracias.

EDUARDO. (*Aparte.*) ¿Qué es esto de Carolina?

EMILIO. ¡Lo celebro! Hasta despues. (*A Eduardo.*) Caballero...

EDUARDO. (*Volviendo el saludo.*) ¡Caballero! (*Aparte.*) ¡Vaya un angelito!

ESCENA V.

LUIS. EDUARDO.

EDUARDO. Este mozo será sin duda lo que en la sociedad se llama un buen muchacho.
LUIS. Es un hombre como hay muchos, ni mas ni menos.
EDUARDO. Eso es peor.
LUIS. Un poco mas franco que el mayor número de los que son como él, y esa es toda la diferencia... ¿Pero tú tenias que hablarme?
EDUARDO. ¡Ah! sí; y es lástima que yo no tenga el aplomo de tu amigo; porque sin eso me quitaria los guantes, encenderia un cigarro, me tenderia desenfadadamente en esta butaca (*Ejecuta lo que dice*) y te diria: Amigo del alma; tú tienes una hija encantadora, yo la amo, ella me corresponde, tengo su consentimiento, el de su madre, y vengo á pedirte el tuyo.
LUIS. Eh?... ¿qué estás diciendo?
EDUARDO. Calle! acabo de hacerte mi peticion sin pensarlo. Pues señor, una vez que está hecha, me mantengo en lo dicho.
LUIS. (*Riéndose.*) ¿Tú amas á Cecilia? tú!
EDUARDO. Sí, chico, sí.
LUIS. ¿Y ella te ama?
EDUARDO. Sí, hijo, sí. (*Aparte.*) ¡Qué magnífico es este cigarro!... le da á uno cierto dominio sobre sí... (*Alto.*) ¿Gustas, amado suegro?
LUIS. ¡Con mil amores!... ¡Pero oyes! ¡tú no hablas formalmente!
EDUARDO. ¿Por qué no?
LUIS. Pero si Cecilia es una niña; no tiene catorce años...
EDUARDO. Tiene diez y seis, y usted perdone; ¡diez y seis!
LUIS. ¡Qué disparate!
EDUARDO. ¡Oh! ahora caigo, quieres quitarte los años... te digo que tiene diez y seis.
LUIS. Será así; pero tú, en cambio, tienes treinta y seis; mas del doble.

EDUARDO. Perdona, perdona, amiguito; treinta y tres el dia de San Silvestre.

LUIS. En fin, es absurdo, imposible... Tú no puedes amar á mi hija, y ella no puede quererte...

EDUARDO. Pero cuando yo te respondo...

LUIS. Y aunque así fuera, tú eres pariente y amigo mio, y te quiero demasiado para dejarte lanzar así en el caos del matrimonio; tú no sabes la vida que te espera con una suegra como doña Serafina de Anglada. ¿Está aun en el mundo, no es verdad?

EDUARDO. Sí por cierto.

LUIS. Y apuesto á que goza de una salud...

EDUARDO. De bronce, amigo.

LUIS. ¡Por de contado!... ¡Ay! ¡pobre mozo! ¡Si tú te pudieses imaginar lo que es vivir con ella!... es cosa de no estar un momento en paz... de tener que librar una batalla campal á cada minuto, á propósito de todo, y á propósito de nada. Una guérra de miradas, de gestos, de risitas burlonas, de encogimiento de hombros, de palabras, de gritos... ¡Uf!.. no, amigo de mi alma, no; aun á riesgo de que Cecilia no se case, yo no daré nunca su mano á ningun hombre á quien quiera bien, mientras doña Serafina rece, gruña y alborote; es decir, mientras doña Serafina exista.

EDUARDO. (*Dándole la mano.*) Gracias por la buena intencion, papá suegro; pero tengo que noticiarte que á tu doña Serafina le ha pasado lo propio que al buen vino... á medida que ha ido envejeciendo, se ha vuelto mejor.

LUIS. No me fio.

EDUARDO. Lo que oyes: ademas, yo soy hombre de tenérmelas tiesas con ella; y por último, amigo mio, estoy enamorado de tu hija, perdidamente enamorado.

LUIS. ¡Déjame en paz! ¡Qué has de estar enamorado!... Si es una chiquilla acabada de salir del colegio.

EDUARDO. Eso no quita; ¡si vieras qué guapa está!

LUIS. (*Algo conmovido.*) Lo sé, me lo han dicho, y tengo vanidad en ello; espero verlo pronto por mis propios ojos.

EDUARDO. ¡Cómo! ¿qué?

LUIS. Nada, ya lo sabrás despues. Entre tanto permíteme dudar de tus ardores por Cecilia, y sobre todo de su cariño hácia tí.

EDUARDO. ¿Sabes, chico, que no estás muy lisonjero que digamos?... Pero, testarudo de los diablos! la prueba de que soy amado es que tu mujer y tu hija han dado su consentimiento.

LUIS. ¡Ah! ¿has visto á mi mujer?

EDUARDO. Sí, y no dudo que así que hayas conferenciado con ellas...

LUIS. Vamos, todo lo comprendo. Tú vienes aquí de emisario. Ese casamiento no es mas que pretesto para provocar una entrevista; una tentativa de reconciliacion, despues de la cual no volverá á ocuparse nadie de semejante boda.

EDUARDO. No hay tal cosa. Pero si asi fuese...

LUIS. Yo contestaría que no, y mil veces no.

EDUARDO. Con todo, tú no puedes seguir viviendo así indefinidamente...

LUIS. Así pienso hacerlo sin embargo... En primer lugar, mientras mi cara suegra esté en el mundo, no pienso siquiera pararme á meditar en eso. Despues veremos; pero entonces es posible que me acuerde de que hace seis años, de vuelta de mis viajes, dí un paso hácia Sofía, acepté un convite para cierta casa sabiendo que la encontraria allí; acerquéme á ella conmovido, turbado...

EDUARDO. (*Sonriéndose.*) ¡Ah! ¡ah!

LUIS. (*Continuando.*) No lo niego... la dirigí la palabra balbuciente... y mi señora esposa me contestó con voz muy entera y una fria sonrisa en los labios... En fin, me trató ni mas ni menos que á un estraño... ¡Sea enhorabuena! Una vez que así me quieren, así me tendrán... Esto dicho, querido Eduardo, doblemos la hoja sobre el particular.

EDUARDO. (*Aparte.*) Vamos, veo que está mas duro de lo que creen.

ESCENA VI.

DICHOS. EMILIO, CAROLINA *y tres ó cuatro convidados.*

EMILIO. (*Que trae del brazo á Carolina.*) Soy yo otra vez, querido; he encontrado á esta señora en la calle, y me la traigo conmigo para mayor seguridad.

CAROLINA. ¡Oh! no necesitaba usted entrar en esplicaciones; Luis no es celoso, no me dispensa tanto honor. (*Da su sombrero á Andres.*)

LUIS. (*Riendo.*) Aquí teneis lo que son las mugeres... Cuando uno es celoso, se quejan de despotismo, de tiranía... y en no siéndolo le tachan de indiferente! En fin, ellas han de quejarse siempre. (*A los convidados.*) Muy buenos dias, señores. Carolina, tengo el gusto de presentar á usted á D. Eduardo Monteverde, de quien la he hablado á menudo.

CAROLINA. (*A Eduardo.*) Sí, un capitan de cazadores... muy tímido segun noticias?

EDUARDO. (*Cortado y aparte.*) Veo que ya soy conocido por aquí. (*Alto.*) En efecto, señora, en efecto. (*A Luis.*) Si cree que con eso me va á dar animos.

LUIS. ¡Ba! ya te sobrarán los ánimos cuando estemos en los postres, porque comes con nosotros, ¿no es esto?

EDUARDO. Es que... no sé si...

LUIS. Pídaselo usted misma, Carolina, á fin de que no se niegue...

CAROLINA. (*A Eduardo.*) Espero que este caballero no nos privará del placer...

EDUARDO. ¡Ay! Dios mio, señora, yo no esperaba tener el honor... y asi es que... estoy sin vestir.

CAROLINA. ¡Usted se chancea! si parece que va usted de boda!

EDUARDO. (*Mirándose.*) En efecto, lo que queria decir...

CAROLINA. ¿Es que está usted demasiado bello para nosotros? Luis le prestará á usted una bata.

EDUARDO. ¡Ah! señora, yo no he dicho...

CAROLINA. Vamos, es cosa arreglada.

EDUARDO. Sí señora, sí... es cosa... es cosa arreglada... (*A Luis que le mira.*) Cómo... (*Aparte.*) ¡Pues señor, ya me atarugué!

PEDRO. (*Saliendo.*) La modista, pregunta por la señora de Hinestrosa.

EDUARDO. ¿Eh?

LUIS. (*Volviéndose con viveza.*) ¿La señora de Hinestrosa? ¿qué señora de Hinestrosa?

PEDRO. (*Señalando á Carolina.*) La señorita!

CAROLINA. ¿Qué es eso, Luis?

LUIS. (*Paseándose agitado.*) ¿Qué ha de ser, señora? que no

me parece bien, y ya creo haberlo dicho, que se haga usted dar un apellido, que no es el de usted.

EDUARDO. (*Aparte.*) ¡Ola!

CAROLINA. No es culpa mia, por cierto; ya lo he prevenido... pero ¿qué quiere usted?... todas esas gentes son torpes de comprension, y no juzgan mas que por la apariencia. Al verme de continuo del brazo de D. Luis de Hinestrosa, en su mismo coche, en su propia casa, no podian de modo alguno figurarse, que me hacian un honor al darme ese apellido, y que usted podria ofenderse de ello. Yo les haré volver de su error, caballero, y espero que en adelante no cometerán ese desacato. Señores, hasta despues... (*Saluda y vase por la izquierda, Andrés por el foro.*)

EMILIO. Bien contestado, Carolina.

ESCENA VII.

DICHOS, *menos* CAROLINA.

LUIS. (*Encogiéndose de hombros.*) ¡Las mugeres son estraordinarias, palabra de honor! ¡siempre con exageraciones!

EMILIO. Sí, pero es preciso confesar, amigo, que usted le ha buscado pendencia sin motivo. ¿Qué mas le da á usted que se haga llamar la Sra. de Hinestrosa ó Carolina Belmonte? Empiece usted porque Hinestrosa, suena mejor que Belmonte. Es un apellido mas distinguido. Ademas que por eso no ha de ser Hinestrosa, como no es tampoco Carolina Belmonte.

LUIS. Mucho me sorprende que usted no comprenda la ofensa que se infiere á mi muger...

EMILIO. ¡Déjese usted de su muger!... cualquiera creeria que se trata de una de las nueve musas. (*Los otros se rien.*) (*Andrés viene del foro con una bandeja y copas y les sirve vino de Madera.*)

EDUARDO. (*Aparte.*) ¿Qué es lo que oigo? ¡Asi habla este chuchumeco, de mi prima!

LUIS. (*Conteniéndose.*) Sr. de Soto, todavía no estamos en los postres, hágame usted por lo tanto el obsequio de medir sus palabras... ¡Señores! una partida de Whist antes de comer; que les parece?

LOS CONVIDADOS. Perfectamente.

Luis. ¿Es usted de la partida, Emilio?

Emilio. ¡Oh! yo no juego mas que de noche, y no me gusta sino el lansquenet. Ademas que ya son ustedes cuatro; empiecen ustedes si gustan; el señor y yo entraremos despues.

Eduardo. (*Aparte.*) Lo que yo creo es que saldremos tú ó yo por el balcon, si no refrenas la lengua, mequetrefe. (*Mientras se dice esto arreglan los otros la partida.*)

Emilio. ¿De qué estábamos hablando? ¡Ah! ya me acuerdo... de la muger de Hinestrosa!

Eduardo. (*Aparte.*) ¡Otra vez!

Emilio. Tengo el gusto de conocer á esa señora...

Eduardo. ¿Usted?

Emilio. Sí... la he visto una ó dos veces en sociedad; no es mal parecida, y no tiene pelo de tonta; pero yo prefiero á Carolina, con mucho.

Luis. (*Con risa forzada.*) ¿Sí, eh?

Emilio. (*Continuando.*) Y usted es de mi misma opinion, por lo que se ve...

Eduardo. ¡Quien lo duda!

Emilio. (*Probando el vino.*) ¡Muy bueno es este madera!... ¡Pues como decia, Carolina tiene cierto no sé qué que fascina y atrae: un encanto, una gracia, una chispa, llámelo usted como quiera... Su muger de usted es mejor que Carolina, si á mano viene, pero no es aquello... no señor, no es aquello.

Luis. (*Marcándolo con intencion.*) En cuanto á eso, opino lo mismo.

Eduardo. (*Aparte.*) Pues señor, me parece que yo no cómo aquí.

Emilio. Y luego, amigo, ¿qué quiere usted? la de Hinestrosa tiene talento, no se puede dudar; y sin embargo, á mí no me ha hecho reir nunca.

Eduardo. (*Aparte.*) ¡Es lástima!

Emilio. Al paso que Carolina es capaz de hacer desternillar á un muerto. En fin, qué quieren ustedes que les diga, mi opinion es que en el caso de tener muger, mas vale una prójima corriente y alegre que lo sepa gastar y lucir, que no una remilgada que haga dengues y melindres, y en resultado final no valga ni mas ni menos.

Eduardo. (*Aparte.*) Las orejas me zumban y la mano me escuece... ¡Oh! yo le voy á romper algo á este mozo.

Luis. (*Esforzandose para parecer risueño.*) Eso es cuestion de gustos.

Eduardo. (*Aparte.*) ¡Y el otro lo sufre!

Luis. (*A Eduardo.*) ¿Qué buscas?

Eduardo. Mi sombrero.

Luis. Espera, espera. (*Levantándose.*) Perdone usted, señor Mendoza, soy muy mal compañero... le he hecho á usted perder... (*Dirigiéndose á Emilio.*) A propósito, Emilio, tengo un negocio que consultar á usted. (*Le coje del brazo y le trae al proscenio. En voz baja.*) Sr. de Soto, acaba usted de insultar á una señora á quien considero y estimo en mucho, y que lleva mi apellido. Ni una palabra mas. En mi posicion seria chocante que yo me batiese por esa señora; le prevengo á usted por lo tanto, que voy á buscarle una pendencia tonta, y que le apreciaré infinito que no me haga esperar mucho la réplica.

Emilio. (*Impasible.*) Cuando á usted le acomode, amigo.

Luis. Me acomoda que sea en este momento.

Emilio. Estoy á sus órdenes.

Eduardo. (*Que les ha observado.*) ¡Están á partir un piñon! ¡Es una cosa indigna! me marcho.

Luis. (*Muy alto.*) Eduardo, Eduardo á ver que te parece á tí... El Sr. de Soto se empeña, en que Soliman, mi caballo inglés, no vale ocho mil reales.

Eduardo. Querido Luis... yo no soy chalan.

Emilio. No vale arriba de cinco mil reales, y el que se lo ha vendido á usted le ha engañado como á un chino, amiguito.

Luis. Para que diesémos crédito á eso que usted dice, asi tan resueltamente, era preciso, Sr. de Soto, que nos probase antes que entiende de caballos; con lo cual nos probaria usted de paso que entiende de algo...

Emilio. ¿Qué quiere usted decir?...

Luis. ¡Oye, Eduardo, ven acá! no te parece que las piernas de este señor caballista podrian confundirse muy bien con las tenazas de la chimenea.

Eduardo. ¡Sí que me parece!

Emilio. ¿Hee?

Eduardo. (*Mas alto.*) Que sí me parece.

Emilio. ¿Y sabe usted, señor mio, que es una impertinencia lo que acaba de decir?

Luis. Si la verdad es una ofensa, y acostumbra usted á oirla, han debido insultar á usted á menudo, Sr. de Soto.

Eduardo. (*Aparte.*) ¡Ah! ¡bruto de mi! Entiendo y me quedo.

Emilio. ¡Podrá ser! (*Pasando por delante de Eduardo.*) Con permiso, caballero.

Eduardo. (*Sardónico.*) Usted le tiene.

Emilio. (*A Luis.*) Pero han solido arrepentirse de ello, Sr. de Hinestrosa.

Luis. ¿De veras?... Quisiera ver si me sucedia á mí otro tanto.

Emilio. Pues bien, yo tengo por costumbre hacer mis conversiones hácia la Quinta del Espíritu Santo... y si usted gusta que vayamos á dar por alli una vuelta antes de comer...

Los Convidados. (*Acercándose.*) ¡Señores... señores!

Eduardo. (*Deteniéndoles.*) Dejen ustedes, si es una broma, una apuesta.

Luis. Sí, he apostado con Soto á que le desarmo en menos de tres minutos... y espero, señores, que ustedes me harán el obsequio de presenciar la leccion. Justamente son ustedes cuatro: los precisos. Tengan ustedes la bondad de pasar á la sala á arreglar las condiciones de esta improvisacion. Por mi parte les doy carta blanca.

Emilio. Y yo tambien.

Luis. Entonces tenemos tiempo de volver antes de que se pase la comida. Señores, gracias.

Emilio. (*Saludando á Luis.*) Adios, amigo. (*A los convidados.*) Señores... (*A Eduardo.*) Caballero, beso á usted la mano.

Eduardo. (*y Luis bajo.*) Bien, Luis, muy bien. ¡Ah! ¡con mil legiones de demonios! ya me hallo en mi centro... Estoy á las órdenes de ustedes, señores. (*Entrase con los demas convidados.*)

ESCENA VIII.

LUIS, *á poco* CECILIA.

Luis. ¿Lo habrá comprendido? ¡Oh! no, despues de lo que le he dicho hace poco hablando de Sofia y de su madre, es imposible. Quiero, debo batirme para vengar á la que

lleva mi nombre, pero es preciso que nadie sospeche la causa de este lance. Creerían que amo todavía á mi muger, y me pondria casi en rídiculo.... (*Abrese la puerta del foro y aparece Cecilia acompañada de Gertrudis, y Andrés.*)

CECILIA. (*A Andrés.*) El Sr. D. Luis no me conoce. Aguárdeme usted ahí, Gertrudis. (*Vuélvese á cerrar la puerta quedándose Cecilia en la escena.*) ¡El es!... mi padre!... ¡Oh! ¡cómo me late el corazon! No me ve ¡Hum!... (*Tosiendo.*) ¡Señor D. Luis!...

LUIS. (*Dejando un libro.*) ¿Quién?... ¡Una jóven!... ¡Ah! ya supongo... la de que nos habló Soto... (*Alto.*) Pase usted adelante, niña, esperábamos su visita.

CECILIA. ¡Oh! usted!... me parece que usted se equivoca, Sr. D. Luis.

LUIS. Usted no lo sabria; pero es lo cierto que la esperaba.

CECILIA. ¿Me esperaba usted?

LUIS. Sí. Y al ver á usted tan jóven, tan cándida, no puedo creer... (*Aparte.*) No, es imposible, ese lenguaraz libertino se habrá jactado...

CECILIA. (*Aparte.*) Ni siquiera me dice que me siente.

LUIS. Mire usted, hermosa niña, yo me intereso por usted, y voy á probárselo... No esté usted aquí mas.

CECILIA. (*Aparte.*) Qué oigo, ¡me echa!

LUIS. Usted no está aquí bien.

CECILIA. Todo al contrario, señor; en ninguna parte puedo estar mejor. ¡Oh! dígame vd. por Dios que me está tomando por otra.

LUIS. ¿Pues no es vd.?...

CECILIA. Soy... soy... su hija de vd.

LUIS. ¡Mi hija!

CECILIA. Sí... caballero.

LUIS. ¿Caballero?

CECILIA. ¡Sí, padre mio!

LUIS. (*Estrechándola en sus brazos.*) ¡Hija!... ¡hija mia!... y yo que suponia...

CECILIA. ¿El qué?

LUIS. ¡Oh! nada, nada. Déjame que te mire. ¡Mi hija! es mi hija! (*La abraza.*) Pero quítate ese sombrero, ese chal, que yo te vea bien. ¡Qué alta estás!... ¿Sabe usted que es usted muy guapa, señorita!

CECILIA. Como mi madre, ¿no es verdad?

Luis. Sí, en efecto... Pero dime, hija mia, por qué casualidad, por qué suerte me es dado verte y abrazarte? Vamos á ver, cuéntamelo todo. (*Siéntase á su lado en el vis-á-vis.*)

Cecilia. En primer lugar debo decirle á usted que hace mucho que yo me moria de deseos de conocerle, porque, en fin, yo creo que es muy natural que una hija quiera conocer á su padre, ¿no es esto?... ¡Ah! ¡qué contenta estoy de verme así al lado de usted!... (*Le abraza.*) ¿En qué estábamos? ¡Ah! sí, ya me acuerdo. Esta mañana, he sabido por mi primo que se hallaba usted en Madrid; y andaba buscando un pretesto para venir á darle un abrazo, cuando recibimos su carta; ¡ay! ¡querido papá! ¡si usted supiera qué alegría tuve al leerla! Figúrese usted! yo que estaba en la idea de que usted no me querria, y que no se acordaba siquiera de su hija! Entonces hice comprender á la abuelita que el enviarle el retrato no era suficiente. Por que mi retrato, es verdad, usted le hubiera visto, pero él no hubiera visto á usted. Y él soy yo; y yo tenia unas ganas de verle á usted...

Luis. ¡Oh! ¡hija de mi alma!... querida hija!

Cecilia. La abuelita se hizo al punto cargo de mis razones.

Luis. Mucho me sorprende.

Cecilia. ¡Oh! yo hago lo que quiero de ella.

Luis. No tienes poca fortuna.

Cecilia. Entonces, aproveché la salida del primer tren, me metí corriendo en uno de los carruajes con mi aya, y supe por primera vez que hay una cosa que anda mas de prisa que una locomotora, y es el corazon de una hija que no ha visto nunca á su padre y que va á abrazarle! (*Le abraza.*)

Luis. (*Saltándosele las lágrimas*) ¡Cecilia mia!... tú quieres volverme loco de alegría!

Cecilia. No llore usted, padre mio, no llore usted... se le saltan las lágrimas, y eso me haria llorar á mí tambien, y no me dejaria verle á usted!

Luis. ¡Angel querido!...

Cecilia. ¡Oh! soy mas egoista de lo que usted tal vez cree... No he venido aquí únicamente para abrazarle... he venido tambien á pedirle que me dé su consentimiento.

Luis. ¿Para qué?

Cecilia. Para casarme con mi primo. Porque usted no sabe... me caso.

Luis. ¡Oiga! ¿luego el asunto es mas grave de lo que yo creia?

Cecilia. Pues ya se vé que es grave... ¿No se lo ha dicho á usted mi primo?

Luis. Sí por cierto... Y aun me ha pedido hace poco tu mano en toda forma... pero yo lo he echado á broma. Le he demostrado que era imposible que ese cariño fuese cosa formal ni por una parte ni por otra.

Cecilia. ¿Y él qué ha contestado?

Luis. Nada.

Cecilia. (*Levantándose.*) ¡Cómo! ¿nada? Ha renunciado á mi mano así, sin mas ni mas, sin echarse á los pies de usted, sin amenazarle con que se quitaria la vida?

Luis. (*Levantándose.*) No, hija mia; no me ha amenazado con nada.

Cecilia. ¡Vaya! ¡pues me gusta!... ¡Ah! pero yo no desisto tan fácilmente, y quiero que se case conmigo, lo quiero y lo quiero! ¡Ay! perdone usted papá, creia estar hablando con mi abuelita.

Carolina. (*Dentro.*) Bien está: mañana pasaré yo misma por el almacen.

Luis. (*Aparte.*) Carolina!... La habia olvidado.

Cecilia. (*Sorprendida.*) ¡Calla! tiene usted señoras en casa!

Luis. Es una costurera... una lencera. No hay necesidad de que te vea. Entra aqui un instante, voy á despedirla.

Cecilia. De prisita, ¿no es verdad? ¡Tengo que decirle á usted tantas cosas todavia!

Luis. Soy contigo al momento, hija mia; al momento. (*La hace pasar á un aposento de la derecha.*)

Cecilia. (*Aparte al entrar.*) ¡Ah! ¡qué contenta estoy con mi padre!... Es un buen mozo.

ESCENA IX.

LUIS. CAROLINA.

Carolina. ¿Qué es esto? ¿se marcharon esos señores?.. ¿van á volver sin duda?

Luis. No, no volverán.

CAROLINA. ¿No comian hoy aquí?
LUIS. Se ha aplazado la comida, y en cuanto á mí...
CAROLINA. ¿Qué? ¿Pero qué tiene usted?
LUIS. Mas bajo, señora, mas bajo.
CAROLINA. ¿Qué significa?... ¡Ah! entiendo!... Hay alguno escondido?... una muger.
LUIS. ¿Una muger? Por donde supone usted.
CAROLINA. Por nada... una pequeñez... ese sombrero que con la precipitacion se han olvidado de recoger.
LUIS. Carolina, está usted en un grave error sobre la persona que se halla aquí.
CAROLINA. ¿Con que está aqui en efecto?... ¿En el despacho de usted sin duda? entonces voy...
LUIS. No entrará usted.
CAROLINA. ¡Vana porfia! quiero conocer á la que se esconde cuando yo llego.
LUIS. ¡Carolina!
CECILIA. (*Saliendo trémula, pero con cierta resolucion.*) Yo no me escondo, señora.
CAROLINA. ¡Qué desfachatez! Sea enhorabuena, señorita.
LUIS. Ni una palabra mas, se lo prohibo á usted.
CAROLINA. ¿Hee?
LUIS. Respete usted á esta jóven.
CAROLINA. ¡De veras!...
LUIS ¡Respete usted á mi hija!
CAROLINA. Su hi...
LUIS. A mi hija... que está en mi casa. Y usted habrá ya comprendido, señora que debe cederla el puesto.
CAROLINA. Es verdad... Y ruego á esta señorita que acepte la satisfaccion que en este instante la doy, aunque á ello no estaba obligada, porque no tenia el honor de conocerla. En cuanto á usted, caballero, quiero darle un consejo amistoso; cuando uno se propone hacer papeles de barba, debe abandonar la parte de galan, y anunciarlo de antemano al público (*haciendo una reverencia*) para que á nadie coja de improviso. (*Váse.*)

ESCENA X.

LUIS. CECILIA.

Cecilia. (*Temiendo haber comprendido.*) Ese tono... ese lenguaje!... ¿Qué muger es esa? ¿No me responde usted?... ¡Ah! (*Déjase caer en una silla llorando, con la cabeza entre las manos.*)

Luis. ¡Oh! perdona, hija mia, perdóname por haber olvidado que soy padre, y que un padre ha de poder dar entrada á su hija á toda hora en su casa... perdóname...

Cecilia. (*Levantándose con frialdad.*) No tiene usted que justificarse conmigo, padre mio, porque no me corresponde juzgar sus acciones... Pero usted conoce que yo he venido aquí por primera y última vez.

Luis. ¿Qué dices? y no he de volverte á ver, hija querida?... ¡Oh! no, eso es imposible...

Cecilia. Con razon dijo usted que yo no estaba bien en esta casa; si mi presencia le es á usted grata, tiene usted un medio de verme.

Luis. Y... ¿cuál?...

Cecilia. El de ir á buscarme... donde estoy... y donde debo permanecer... en casa de mi madre!

Luis. ¡Oh! nunca!... nunca!...

Cecilia. Entonces quede usted con Dios.

Luis. ¡Oh! ¡no! esa palabra no ¡es demasiado cruel!

Cecilia. ¿Cómo he de decir si no?

Luis. Pues bien... sí... sí.. por verte, iré á casa de tu madre, iré á casa de Doña Serafina.

Cecilia. (*Con viveza.*) ¡Qué dicha!...

Eduardo. (*Saliendo.*) Amigo, todo está ya convenido con estos señores... hoy mismo á las cinco.

Cecilia. ¡A las cinco!

Eduardo. (*Reparando.*) ¡Cecilia!

Luis. ¡Lo habia olvidado!

Cecilia. (*á Eduardo.*) ¿Qué asunto es ese?

(*Luis hace seña á Eduardo de que calle.*)

Eduardo. (*Bajo á Cecilia.*) Yo se lo contaré á usted.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

SOFIA. CECILIA, *sentada á la derecha, Sofía delante del tocador, sobre el cual está apoyada.*

Sofia. ¡Hija ingrata! ¡Quedarse en Madrid veinte y cuatro horas, y nosotras aquí en semejante inquietud!

ESCENA II.

DICHAS. DOÑA SERAFINA.

D.ª Serafina. (*Entrando.*) Ya estaba para ir á buscarte cuando me han avisado que habias vuelto... No... cuando tú vuelvas á Madrid...

Cecilia. (*Levantándose.*) Abuelita, no te incomodes. ¡Si supieras qué buen viaje he echado!... ¡Pero, señor, tan tarde, y no piensas en vestirte!

D.ª Serafina. ¡Vestirme!... ¿Y para qué?

Cecilia. Es decir que no tienes intencion de asistir á la lectura del contrato en trage de mas etiqueta... ¡Oh! no he perdido el tiempo en Madrid: todo está arreglado; se verificará mi boda, y vendrá el escribano á mediodia.

D.ª Serafina. ¿De modo que tu padre no ha puesto dificultad alguna, y te ha enviado su consentimiento?

CECILIA. No; no me lo ha enviado.

D.ª SERAFINA. ¿O te lo enviará?

CECILIA. Tampoco... sino que mi primo va...

SOFIA. ¡Ah! Ya comprendo... va á traerlo Eduardo.

CECILIA ¡A traerle, sí, á él!

SOFIA y D.ª SERAFINA. (*Cada una en su tono.*) ¡A él!

CECILIA. Sí, á él, y dentro de un instante estarán ambos aquí.

SOFIA. (*Aparte y regocijada.*) ¡Luis! ¡Oh! ¡va á venir!

D.ª SERAFINA. ¡Aquí! ¿En mi casa?... Y ¿sé ha de atrever tu padre...

CECILIA. Cómo, si ha de atreverse...

D.ª SERAFINA. ¡Pues yo no pienso recibirle!

CECILIA. Vaya, abuelita: ¿habias de echarle á la calle?

D.ª SERAFINA. No digo yo eso, que no soy tan grosera; pero me estaré en mi habitacion mientras él permanezca en esta casa, y no saldré hasta que se halle ya muy lejos.

CECILIA. ¡Pero, por Dios! ¡eso estará mal visto!

D.ª SERAFINA. Y yo, ¿qué consideraciones tengo que guardar con ese caballero?

CECILIA ¡Abuelita... vamos... no llames á mi papá ese caballero!

D.ª SERAFINA. ¡Pues cómo!

CECILIA. ¡Haz por ponerle buena cara!

D.ª SERAFINA. ¡Sí, no se la pondré mala!

CECILIA. ¡Es decir que no quieres que me case!

D.ª SERAFINA. ¿Acaso me opongo yo?...

CECILIA. Pues entonces no le pongas mala cara, porque dirá que no... Yo no digo que le estrechas entre tus brazos...

D.ª SERAFINA. ¡Huy!... ¡No faltaba mas!...

CECILIA. Digo únicamente que le recibas con atencion, lo cual te costará poco trabajo. (*Doña Serafina sin decir mas, se encamina á la puerta. Cecilia echa á correr tras ella.*) (*Aparte.*) ¡Ya se ha enfadado! (*En voz alta.*) Pero ¿adónde vas, abuelita mia?

D.ª SERAFINA. (*Bruscamente.*) A mi cuarto.

CECILIA. Y ¿qué vas á hacer allí?

D.ª SERAFINA. ¡Ponerme de tiros largos, caprichosa! (*Vase.*)

ESCENA III.

SOFIA. CECILIA.

Cecilia. (*Volviendo adonde está su madre.*) Dime, mamá, y tú, ¿no vas tambien á arreglarte un poco?

Sofia. (*Levantándose.*) ¿Para qué?

Cecilia. Para dispensar esta fineza á tu yerno y á tu hija; ademas de que quiero que papá te encuentre guapa, y para esto tienes que hacer tan poco...

Sofia. Creo que tu señor padre reparará poco en mí... Y ¿dices que hizo muchos estremos de alegría al verte?

Cecilia. ¡Y tantos! No cesaba de mirarme... Decia que tengo unos ojos muy picarillos, y un pelo hermoso, tan hermoso como el tuyo... Pero ahuécate un poco esas cocas, que estan tan aplastadas... Y despues me llevó á comer en casa de Lhardy... Quiso que paseáramos en coche; pero ya comprenderás que no lo permití... Iba yo tan contenta y tan orgullosa de su brazo!... ¡Qué! No cabia en la calle...

Sofia. Bueno: no hablemos mas de eso... Y dime, Eduardo...

Cecilia. Eduardo pasó con nosotros gran parte de la noche, y papá le dijo que consentia en nuestra union, y y que le suplicaba... (*Deteniéndose.*)

Sofia. ¿Qué?

Cecilia. No me atrevo á decirlo, porque como me has prohibido hablar de eso...

Sofia. Dílo: vamos.

Cecilia. Le suplicó que me hiciese feliz, diciéndole que le confiaban un ángel, un tesoro!... (*Sofia se sonrie.*) Un tesoro, sí; y papá debe de entender de esto cuando te eligió á tí...

Sofia. Pero se arrepintió pronto de su eleccion.

Cecilia. No digas eso, porque me habló de tí en unos términos... Pero estoy fastidiándote, y...

Sofia. ¡Ah! ¿Te habló de mí?...

Cecilia. ¡Mucho! y me enseñó tu retrato, que lo conserva cuidadosamente en una caja preciosa...

Sofia. ¿Mi retrato?

Cecilia. Y por último me habló tambien de abuelita... Lo que es en este punto... yo no se qué le ha hecho, pero no puede tragarla... Verdad es que ella le paga en la misma moneda. ¿Qué motivo tienen para detestarse así?

Sofia. (*Sobresaltada.*) ¡Calla!... Parece que se oye hablar...

Cecilia. (*Dirigiéndose precipitadamente al fondo.*) Será Eduardo...

Sofia. A ver...

Cecilia. El es, mamá, y con mi padre... Ya se acercan.

Sofia. ¡Ah!...

Cecilia. ¿Vás á recibirlos, verdad?

Sofia. Hija... cumpliré mi palabra.

Cecilia. (*Estrechándola la mano.*) ¡Ah! ¡Cuánto te quiero! (*Se acerca á la puerta. Sofia se mira disimuladamente al espejo, y se arregla un poco el peinado. Cecilia anunciando.*) D. Eduardo Monteverde y D. Luis de Hinestrosa.

ESCENA IV.

DICHAS. D. LUIS. EDUARDO.

Cecilia. (*Abrazando á su padre.*) Ya habia anunciado á ustedes, señores, y se les esperaba. (*A don Luis.*) Ahí está mamá... vamos, venga usted á saludarla. (*Le coge de la mano.*) ¡Jesus! ¡cómo le tiembla á usted la mano!...

D. Luis. Sí, como he venido tan de prisa...

Cecilia. Mamá, aquí está mi padre.

D. Luis. (*Saludando.*) ¡Señora!...

Sofia. (*Lo mismo.*) Señor mio...

Eduardo. (*Aparte.*) ¡Qué turbado está!... Y yo... nada... tan fresco...

D. Luis. Cecilia me ha dicho que se dignaba usted recibirme, y por eso me he tomado la libertad...

Sofia. Es usted muy dueño, caballero.

Eduardo. (*Cecilia le hace señas.*) ¡Ya entiendo! (*En voz alta.*) Ustedes tendrán que hablar del negocio, del contrato, de las condiciones... Nada de esto nos importa á nosotros... Con que dejaremos á ustedes solos.

Sofia. ¡Cecilia!

Cecilia. Mamá...

SOFIA. ¡Quédate!...

CECILIA. Pero...

SOFIA. ¡Que te quedes!

CECILIA. Eduardo, diga usted á Luisa que me prepare el tocador.

EDUARDO. Bien, hija, voy. (*En voz baja á D. Luis, que está un poco cortado.*) Vamos, papá suegro, serenidad, ¡caramba! serenidad. Es una ridiculez manifestar tanto miedo. Eso se queda para mí. (*Vase. Sofía, sentada junto á la mesa de labor, hace como que no atiende á D. Luis.*)

ESCENA V.

SOFIA. CECILIA. D. LUIS.

CECILIA. (*En el fondo, aparte.*) Nada... no se hacen caso, no se hablan palabra... (*Alto.*) Tome usted asiento, papá. (*D. Luis toma una silla y la coloca lejos de la de Sofía. Cecilia la acerca.*) ¡Así... y yo ahora entre los dos. (*Sentándose.*) Asi estamos bien, ¿no es eso?... ¿Ahora se alegrará usted de haber venido?...

D. LUIS. (*Mirando á todas partes.*) Sí... ciertamente...

CECILIA. Ya vé usted, todo está lo mismo.

D. LUIS. Todo... lo mismo. (*Sofía mira á otro lado; él añade con cierta intencion.*) Los muebles... las colgaduras...

CECILIA. ¿Há venido usted para hablar de las sillas y las cortinas que hay aquí?

D. LUIS. Tenia que dar muchas gracias á mamá, lo primero por la agradable sorpresa que me ha proporcionado enviándote á Madrid, y luego porque me permite ser testigo de un acontecimiento que hará tu felicidad.

CECILIA. (*A Sofía.*) ¡Qué bien habla! ¡Y tú no le dices nada!

SOFIA. Usted, caballero, es el padre de Cecilia, y la ley me obliga...

CECILIA. ¿La ley? mi padre se esplicaba antes como un tapicero, y tú ahora como un procurador. Dí la verdad: ¿á que te has alegrado de que mi padre?...

SOFIA. (*Interrumpiéndola.*) Se haya acordado de su hija, convengo; porque por ella, y nada mas que por ella...

D. LUIS. ¿Nada mas?

SOFIA. Ha consentido D. Luis en participar algunas horas de esta vida sosegada y monótona que aquí traemos.

CECILIA. Pues yo estoy segura de que papá no se aburriria del todo aquí. Es tan hermoso este sitio durante el otoño... y luego de noche tendriamos tertulia... y como mientras yo estuviese, no habia de faltar conversacion... (*Deteniéndose para observarlos.*) Sin embargo, no habia yo de hablármelo todo; y seria tan feliz oyéndoles á ustedes dos decir que me aman...

SOFIA y D. LUIS. (*A un tiempo.*) ¡Oh! ¡Sí! (*Se aproximan involuntariamente, y tienden las manos á Cecilia que se las coge á ambos.*)

CECILIA. Pues bien, vamos, hablad de mí, de mi matrimonio.

SOFIA. El Sr. D. Luis, ¿no tiene objecion alguna que hacer á este proyecto?

CECILIA. ¿Ninguna, verdad?

D. LUIS. No... únicamente creo que Cecilia es aun muy jóven, muy niña para establecerse.

CECILIA. ¡Ah! papá mio, muy jóven soy, es cierto; pero á Eduardo le parece que no soy tan niña, tan niña...

SOFIA. Acaso tenga usted razon; pero Cecilia carecia de su apoyo natural, y he debido anticiparme, quizá demasiado pronto, á ponerla bajo la proteccion de un marido.

CECILIA. Mamá, perdona que este apoyo, este protector, ya le tengo.

D. LUIS. (*Cogiendo á su hija de la mano.*) ¡Sí!... ¡Sí!...

SOFIA. Que te durará un dia.

D. LUIS. ¡Un dia!

SOFIA. Y el Sr. D. Luis debe saber que si dos mugeres, dos madres bastan para mirar por una jóven, y darle consejos prudentes y buen ejemplo, no son bastantes para defenderla de los riesgos en que pueda verse.

D. LUIS. Señora...

SOFIA. Yo le esplico á usted mi conducta, caballero, no le hago reconvencion alguna.

CECILIA. Eso es, papá; no le hace á usted reconvencion alguna.

D. LUIS. ¡Y sin embargo, Cecilia, bien merezco que se me hagan por haber olvidado que tenia una hija, y que esta hija llegaria á ser muger... ¡Ah! señora: su madre de usted tiene la culpa de todo esto.

CECILIA. No; yo soy quien la tengo.

D. LUIS y SOFIA. ¿Tú?

CECILIA. Sí, Eduardo me lo ha contado, y sé que no acostumbra á mentir. Parece que era insoportable cuando niña, pero ya soy mejor, y para tenerle á usted contento, papá, seré buena, seré cariñosa... ¡mire usted! como mamá... No puedo prometer otra cosa. Si algun atractivo tengo, se lo debo á mi madre, y á nadie mas, porque de un verdadero diablejo, ha sabido hacer...

D. LUIS. ¡Un ángel!

CECILIA. ¡No! me adula usted, ó ha equivocado el cumplimiento. No creo ser ahora aborrecible, pero el ángel de la casa, no soy yo... (*Abrazando á su madre.*) ¡Es esta!

D. LUIS. (*Levantándose precipitadamente.*) ¡Oh! ¡sí! Sofia, usted es indulgente, usted lo hubiera olvidado, perdonado todo.

SOFIA. (*Levantándose.*) ¡Yo! (*Cecilia se pasa á un lado para dejar el puesto á D. Luis.*)

D. LUIS. ¡Ah! ¿Por qué no he creerlo así, por qué no he de esperarlo? Há un instante, al entrar en esta casa donde hemos pasado nuestros dias mas risueños, me sentia otro. Doce años se borraban de mi memoria. Queria ahuyentar su recuerdo como el de un sueño funesto, y mi pensamiento y mi corazon se trasladaban, Sofia, á una época en que fuí muy venturoso!

SOFIA. (*Enternecida.*) ¡Venturoso!

EDUARDO. (*Entrando.*) La abuelita pregunta por su gorra.

CECILIA. ¡Habrá torpe!

SOFIA. (*Levantándose.*) En efecto, Cecilia, no te has acordado de que mamá te necesitaba. Yo tambien voy á prevenir algunas cosas... Perdone usted, Sr. D. Luis: hoy debo consagrarme enteramente á nuestra hija.

D. LUIS. ¡A nuestra hija! (*Con alegria. Se van Sofia y Cecilia.*)

CECILIA. (*A Eduardo al salir.*) Ha llegado usted en la peor ocasion del mundo.

EDUARDO. ¿Sí? Pues ¿cómo?... (*Cecilia saluda á su padre y sigue á su madre.*)

ESCENA VI.

D. LUIS. EDUARDO.

D. Luis. (*Hablando consigo.*) ¡Ah! ¡Verdaderamente he estado loco estos doce años! (*Se sienta junto á la mesa*)

Eduardo. (*Al lado de la chimenea.*) Con que vamos, ¿qué ha ocurrido?

D. Luis. Nada; todo está corriente.

Eduardo. Y tu muger, ¿qué tal?

D. Luis. Divina, amigo, divina.

Eduardo. Parece que te has enternecido.

D. Luis. ¡Oh! Sí; ¿á qué negarlo?

Eduardo. ¡Magnífico! Pues es menester no volverse atrás, sino dar rienda suelta al llanto, y echarte en sus brazos, y dejarse de...

D. Luis. Si solo consultara á mi corazon, de muy buena gana; pero he incurrido en yerros muy grandes, amigo mio, en yerros que ella no puede olvidar.

Eduardo. ¡Pues qué! ¿Se ha mostrado?...

D. Luis. No, ella estaba tan turbada como yo; pero las mugeres siempre son mugeres; y ¡quién sabe si lo que quiere es verme á sus pies para complacerse en!...

Eduardo. ¿En tu humillacion? ¡Bah!... Eso seria propio de una coqueta, y Sofia no lo ha sido nunca.

D. Luis. Verdad es... mas por otra parte no querrá separarse de su madre... y en este caso, creo inútil decirte... (*Adelantándose.*)

Eduardo. Pero, hombre, si tu suegra está desconocida... Ya no es aquella doña Serafina de otro tiempo, tan cascarrabias... tan cócora y tan amiga de meterse en lo que no la importaba... No es ni su sombra... La encontrarás mas mansa que un cordero, mas tímida que una liebre... Pero aquí viene casualmente, y te convencerás por tí mismo.

ESCENA VII.

DICHOS. DOÑA SERAFINA.

D.ª Serafina. (*Andando muy tiesa y con mucha gravedad.*) ¡Ah! Caballero... ¿es usted?...

D. Luis. (*Saludando.*) Sí, señora: he sabido el matrimonio de mi hija, y no he querido malograr la ocasion de ofrecer á usted mis respetos.

Eduardo. (*Aparte.*) Vamos: esto principia bien.

D.ª Serafina. Pues, señor mio, tiempo se ha tomado usted para hacer el ofrecimiento.

D. Luis. (*Mirando á Eduardo.*) ¿Qué dice usted, señora?

D.ª Serafina. Digo...

Eduardo. Es inútil repetirlo: lo hemos entendido perfectamente.

D. Luis. De manera, señora, que ni el tiempo ni la distancia han podido hacerle olvidar á usted...

D.ª Serafina. Hay cosas que no pueden olvidarse, señor mio: mi nieta me ha suplicado que hiciese el favor de recibir á usted en mi casa, y le recibo... que estuviese afable y atenta con usted... y lo estoy.

D. Luis. Ya... ya...

D.ª Serafina. Sí, señor, lo estoy, pero no espere usted mas de mí... Y hablemos de otra cosa. Aprueba usted este matrimonio ¿no es cierto? Corriente. ¿Da usted su consentimiento? Me alegro mucho. A las doce se firmará el contrato... y á la una podrá usted marcharse para vivir á sus anchas, como acostumbra... Beso á usted la mano, caballero. (*Entra en el cuarto de su hija.*)

ESCENA VIII.

LUIS. EDUARDO.

Luis. (*Mirando á Eduardo.*) ¿Qué te parece la mansa, la cordera, como tú decias?... Ya ves que se esplica.

Eduardo. ¡Voto á una legion de demonios!... Te declaro que me ha dejado estupefacto... nunca, en la vida...

Luis. ¿La hubieras creido capáz de plantar á nadie en la calle?... Pues ahí tienes; á mí, al marido de su hija, al padre de su nieta, acaba de darme pasaporte.

Eduardo. ¡Pasaporte!

Luis. Pero yo la evitaré el trabajo de repetirme lo que ha dicho. (*Se dirige hácia el foro.*)

Eduardo. ¿Dónde vas?

Luis. A Madrid, ¿dónde he de ir? ¿Imaginas que voy á esponerme otra vez...

Eduardo. ¿Te quieres marchar? ¡no por cierto, voto al diablo!... Yo soy tu yerno, y en nombre de tu hija y en el mio, te exijo y reclamo que nos eches la bendicion paterna... No es razon que porque tu suegra sea una sierpe, una harpía, desesperes á tu mujer y á tu hija, que no tienen la culpa. ¿Sabes lo que yo haria en tu lugar? yo, que como sabes, soy un hombre tímido? Arrancaria de aqui con mi muger, mi hija y mi yerno... y dejaria plantada á mi suegra; la dejaria que se quedase aquí sola como un mochuelo, y me vengaria de ella haciendo por ser el mas venturoso de los hombres, de modo que ella rabiase y se la llevara el diablo... ¿Qué te parece mi proyecto? Sublime, magnífico, ¿no es verdad?

Luis. ¡Oh! tú te las prometes muy felices y crees que no hay mas que querer una cosa.

Eduardo. ¡Pues ya se vé!... ¿Qué te encadena á la vida de soltero?... el deseo de vivir á tu libre alvedrio, con entera libertad; pero es preciso que no te hagas ilusiones; fuera de la paz interior y de los goces de la vida de familia, ya no hay para tí dichas ni libertad posibles. ¡Eres padre, vas á ser suegro, y dentro de poco abuelo; sí, chico, abuelo, eso corre de mi cuenta!... ¡Ya no te es lícito echarla de calavera solteron! ¡Ya no te es lícito galantear á una muger ostensiblemente... porque tu hija puede ir á tu casa, encontrarte en un baile, en un paseo! y tú conoces demasiado lo que te debes á tí mismo, á tu dignidad, para dar ocasion á que pueda repetirse la escena de ayer.

Luis. ¡Oh! nunca.

Eduardo. ¡Lo vés, tú mismo lo confiesas! podrá uno hacer mal en casarse, pero cuando lo ha hecho, el mejor medio de hacer soportables sus cadenas, es compartir el peso con la muger que se ha elegido!

Luis. Tus razones me persuaden.

Eduardo. Así lo esperaba.

Luis. Voy ahora mismo á hablar á mi muger, y...

Eduardo. Es inútil... hácia aquí viene. (*Aparte.*) Vamos, vamos, veo que no soy tan torpe como creia, y que todo se arreglará.

ESCENA IX.

DICHOS. SOFIA. *A poco* DOÑA SERAFINA *y despues* CECILIA.

LUIS. Iba ahora mismo á mandar que pasasen á Vd. recado, señora.

SOFIA. (*Con gran frialdad.*) ¿Tenia Vd. algo que decirme, caballero?

LUIS. (*Sorprendido.*) ¿Ese tono?... ¿ese lenguaje?

SOFIA. ¿Le sorprende á Vd.?

LUIS. Me sorprende en efecto, pero todo me lo esplico... Habrá Vd. hablado con doña Serafina.

D.ª SERAFINA. (*Que acaba de salir.*) Si señor, yo acabo de esplicarme con mi hija, la he hablado al alma, y la he salvado del abismo en que iba á lanzarse.

LUIS. (*Furioso.*) Pero, señora...

EDUARDO. Luis, calla, estás enojado, y lo echarias á perder. Yo estoy tranquilo, y quiero tomar la palabra... Con que vamos á ver, señora; usted, que parecia tan buena, tan afable; ¿salimos ahora con lo contrario? Usted lo que hacia era ponerse una máscara para engañarnos, y es usted, segun se vé, uno de esos pájaros de mal agüero que no viven mas que en la oscuridad, y que no cantan mas que en los dias de tormenta y vendabales? (*A Luis que quiere hacerle callar.*) Déjame, déjame á mí; si estoy tranquilo, ya lo vés. (*Al decir esto aplasta su sombrero. Continuando.*) ¿Con que en resumidas cuentas es usted una de esas mugeres indigestas y rabiosas que no puden vivir si no tienen la casa hecha un infierno?

D.ª SERAFINA. ¡Primo, ese es un insulto!

SOFIA. Eduardo, te prevengo que calles.

LUIS. ¡Tiene razon, voto á y...

D.ª SERAFINA. (*Gritando.*) ¡Señor yerno!

SOFIA. Por Dios...

CECILIA. (*Saliendo por el foro con vestido blanco.*) Ya estoy dis...

D.ª SERAFINA. (*A Sofía.*) Sofía, tú no tienes que meterte en esto; cuida tú de tus negocios, y yo me encargo de responder al señor.

EDUARDO. Ya estoy escuchando, señora, pero hágame usted el favor de empezar diciéndonos qué nuevas quejas tiene Vd. de mi amigo Hinestrosa.

CECILIA. (*Aparte.*) ¿Qué es lo que pasa? (*Quédase en el foro y escucha.*)

D.ª SERAFINA. Este periódico será mas elocuente que yo, y no podrán Vds. tacharle de parcialidad.

LUIS. ¿Qué significa?

EDUARDO. No veo qué puede haber de comun entre un periódico y...

D.ª SERAFINA. ¿No? ahora lo comprenderá Vd. (*Lée.*) «Ayer, segun nos han informado, tuvo lugar un lance de honor, cerca de la venta del Espíritu Santo, entre dos personas muy conocidas en los círculos de la córte.»

EDUARDO. ¿Y bien, qué?

D.ª SERAFINA. (*Continuando.*) «D. Luis de Hinestrosa, uno de los contendientes, desarmó á su contrario, y los padrinos declararon que debia darse el duelo por terminado.»

EDUARDO. ¿Y es eso por lo que?...

D.ª SERAFINA. No he acabado aun.

EDUARDO. Acabe Vd., acabe Vd. (*Saludándola.*)

D.ª SERAFINA. (*Continuando.*) «El pretesto del desafío ha sido, á lo que se dice, un caballo inglés.

EDUARDO. ¡Ah!

D.ª SERAFINA. No he acabado aun.

EDUARDO. (*Saludándola.*) Acabe Vd., acabe Vd., señora.

D.ª SERAFINA. (*Continuando.*) «Pero parece que la causa verdadera no tiene mas que dos pies, y viste faldas...» Esto es lo que he leido... esto es lo que acabo de leer á mi hija... Ahora puede Vd. hablar si gusta... ¿Espero que no negará Vd. que ese desafío es verdad?

ESCENA X.

DICHOS. CECILIA *presentándose.*

CECILIA. Efectivamente, abuelita, papá tuvo ayer un desafío fuera de la puerta de Alcalá; yo habia prometido á Eduardo guardar el secreto; pero una vez que le hacen á mi papá un cargo por ello, yo debo decir que ha hecho muy bien en batirse.

D.ª Serafina. ¡Cómo! tú...

Cecilia. Sí, abuelita; y si yo fuese hombre le hubiera servido de padrino.

Eduardo. Pero como mi novia es muger, he ido yo en su lugar.

D.ª Serafina. Usted, señor mio, usted ha servido de padrino á un libertino que se batia por una!...

Cecilia. Que se batia por mi madre.

D.ª Serafina. Por tu...

Sofia. ¿Qué dices?

Cecilia. La verdad... Tuvieron la audacia de insultarte delante de él... y se ha batido por tí... por tí á quien estima, respeta y áma.

Sofia. ¿Será cierto?

Luis. Cecilia ha dicho la verdad, señora... Yo creí al principio que no salia sino á la defensa de mi amor propio... de mi honra lastimada á la vez que la de usted... pero luego que me ví con la espada en la mano, sentí que la ofensa habia llegado al corazon, y al corazon hubiera yo llegado si los padrinos no me lo hubiesen impedido.

Sofia. (*Con alegría.*)¡Oh! ¡Dios mio!

Luis. Ahora, Sofia, dígame usted si esta prueba, esta confesion esplícita, son bastantes para hacer á usted olvidar los agravios que la he inferido, y por los cuales le pido perdon.

Sofia. (*Dándole la mano.*) ¡Amigo mio!

Luis. (*Cogiéndosela con entusiasmo y besándosela muchas veces. Cecilia, que está á su izquierda, se arroja en brazos de su padre.*) ¡Amada esposa!

Cecilia. ¿Qué es esto? ahora que tengo padre y madre, no me vayais á dejar huérfana!

Sofia... (*A Cecilia.*) ¡Cecilia mia!

Luis. ¡Hija querida! (*La abrazan los dos.*)

Cecilia. Ea, ya estamos todos reunidos. ¡Qué felices vamos á ser aquí!

Luis. (*Con embarazo*). ¿Aquí?... Esta casa es muy triste para el invierno, hija mia, y tu madre ha vivido mucho tiempo retirada de los placeres de Madrid... ademas, mis negocios...

D.ª Serafina. (*Aparte.*) Entiendo. (*Alto.*) Yo soy la que está aqui de mas.

SOFIA. ¡Madre mia!

CECILIA. ¡Abuelita!

LUIS. Señora... yo no puedo permitir...

D.ª SERAFINA. Mirad, yo me conozco... (*Señalando á Cecilia.*) Fuera de esa muñequilla, no hay quien me contenga en el mundo... y acabaria por indisponeros otra vez, como ha estado á punto de suceder hace poco.

SOFIA. ¡Oh! no diga usted eso.

D.ª SERAFINA. Es cosa resuelta. (*Movimiento de los otros.*

UN CRIADO. (*Saliendo.*) El escribano acaba de llegar en este momento.

CECILIA. El escribano...

EDUARDO. Pues ya se ve que sí, el escribano.

CECILIA. Ya no hace falta; que se marche.

EDUARDO. Cómo: ¿que se marche?

CECILIA. Sí por cierto; ahora que conseguí lo que quería, no me caso.

EDUARDO. ¿Que no?...

CECILIA. (*Riendo con ingenuidad.*) Si yo no le amo á usted.

EDUARDO. ¿Cómo es eso? ¿cómo es eso? Perdone usted, hija mia; ayer yo tampoco pensaba en casarme, y usted me metió en ello; pero ahora la amo á usted como un loco, y seria una crueldad dejarme asi... despues que... (*Señalando á los que se han reunido.*)

SOFIA. (*Sonriéndose.*) Dice bien, hija mia. (*Haciendo una seña de inteligencia á Luis.*) Ademas, que yo no me he reconciliado con tu padre sino por causa de tu casamiento; y una vez que tú te retractas... (*Suelta el brazo de su marido.*)

CECILIA. ¡Oh! entonces... consiento! consiento!

EDUARDO. (*Haciéndose el interesante.*) Con todo, si usted no me ama, si es un sacrificio, no sé si debo...

CECILIA. Sí tal, le amo á usted; le amaré mucho... yo no sé... pero, en fin, me caso, y allá veremos.

EDUARDO. ¡Allá veremos!... pues entonces está visto... (*Cogiéndola del brazo.*) ¡Dios nos dé su bendicion!

FIN DE LA COMEDIA.

LA ALEGRIA DE LA CASA.

Comedia en tres actos, acomodada á la escena española por D. Isidoro Gil y D. Cayetano Rosell.

Representada en el Teatro del Príncipe, á beneficio de D. Florencio Romea, en la noche del 9 de Febrero de 1856.

Distribucion de la Comedia.

Cecilia.	Doña Teodora Lamadrid.
Carolina.	Doña María Rodriguez.
Sofía.	Doña Cármen Carrasco.
Doña Serafina.	Doña Lorenza Campos.
D. Luis.	Don Julian Romea.
D. Eduardo.	Don Florencio Romea.
Emilio.	Don Victorino Tamayo.
Pedro.	Señor Alisedo.
José.	Señor Cubas.

Los Directores de escena que deseen poner *La Alegría de la Casa* exactamente como se ha ejecutado en Madrid, introducirán en la escena final del tercer acto, pág. 56, línea 25, la variante siguiente :

Sofia. *(Sonriéndose.)* Dice bien, hija mia...
Cecilia. Vamos, pues una vez que mamá intercede, consiento.
Luis. *(Acercándose á ellos.)* Con una condicion, sin embargo.
Eduardo. ¿Cuál?
Luis. Que habeis de esperar todavia un año para casaros. En ese tiempo podreis conoceros mejor, y meditar en los inconvenientes que trae... una separacion.
Eduardo. *(Para sí.)* ¡Asesino! ¡Ya empieza á ser suegro!

FIN.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

es de la vejez.
.
; de odio y amor.
s del alma.
espues de la muerte.
r cazador.
e quieren las cosas.
s sueño.
s de los años mil...
.
de herencias.
de cuervos.
, rival y paje.
poder y pelucas.
ar á Madrid.
viaje.
ea, *drama heróico.*
y Polux.
on y sin razon.
es y Guevara.
e rompen palabras.
suyas.
rar con buena suerte.
s, parientes y amigos.
ual ama á su modo.
ro y Capital.
diablo á cuchilladas.
nbres políticas.
dades.
stes.
ancho el Bravo.
ernardo de Cabrera.
daces es la fortuna.
obrinos contra un tio.
mo Segundo y Quinto.
llo del Rey.
or y la moda.
al de cachemira.
aballero Feudal.
lete.
as de una flor.
n angel!
e agosto.
bobos anda el juego.
condido y la tapada.
angas de camisa.
loca!
or de las desdichas, ó Don
rmógenes.

El pacto de sangre.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
Esperanza.
El Gran Duque.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética.*
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
Echarse en brazos de Dios.
El suplicio de Tántalo.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.
El que no cae... resbala.
El monarca y el Judio.
El bollo y la viuda.
El beso de Judas.
El rico y el pobre.
El Niño perdido.
El amor por la ventana.
El juicio público.

Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.

Hacer cuenta sin la huéspeda.
Historia China.
Hija y madre.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.

La escuela de los amigos.
La Alegría de la casa.
Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la niña.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo

Las Flores de Don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La escala del poder.
La Hiel en copa de oro.
Los empeños de un acaso.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero Toledo.
Lo mejor de los dados...
Llueven hijos.
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
La Madre de San Fernando.
La verdad en el Espejo.
La boda de Quevedo.
La Rica-hembra.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Las Prohibiciones.
La campana vengadora.
La libertad de Florencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La voz de las Provincias.
La archiduquesita.
La Crisis.
Los extremos.
La hija del rey René.
La bondad sin la experiencia
Locura de amor.
La escuela de los perdidos.
La córte del Rey poeta.
La resurreccion de un hombre

Mal de ojo.
Mi mamá.
Misterios de Palacio.
Martin Zurbano.
Mariana Labarlú.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!

Oráculos de Talía.

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.

Rival y amigo.

San Isidro (*Patron de Madrid*)
Su imágen
Simpatía y antipatía
Sueños de amor y ambicion.

Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta ajena.

Traidor, inconfeso y mártir.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Una conversion en 3 minutos.
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una muger misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.
Un pollito en calzas prietas.

Un si y un no.
Un huésped del otro mu
Una broma de Quevedo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabét
Una lágrima y un beso.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.

Virginia.
Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandid la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El Secreto de la Reina.
Escenas en Chamberí.
A última hora.
Al amanecer.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.
La cola del diablo.
Amor y misterio.
El calesèro y la maja.
El delirio.
Guerra á muerte.
Marina.
El estreno de un artista.
El Marqués de Caravaca.

El Grumete.
La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*Su música.*)
Tres para una.
La Cisterna encantada.
Carlos Croschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.
Pablito (Segunda parte de Don Simon)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La Dama del Rey.
Estebanillo.
La Cacería real.
El Hijo de familia, ó el lancero voluntario.
Los jardines del Buen Retiro.

El trompeta del Archiduc
Moreto.
Loco de amor y en la co
Los diamentes de la Cor
Catalina.
La noche de ánimas.
Claveyina la Gitana.
La familia nerviosa, ó e gro omnibus.
Las bodas de Juanita.
Mis dos mugeres.
Cuarzo, pirita y alcohol.
Pedro y Catalina, ó el Maestro.
Alumbra á este caballer
El Sargento Federico.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, nún cuarto segundo de la izquierda.